

Ni tú tan GRUMPY, ni yo tan Perdida

Noa **Sparks**

Table of Contents

No era mi plan, pero aquí estoy
Estoy… ¿happy?
Espera, espera… spiritual ¡¿qué…?!
Piano killer
Un canguro, por favor.
¡En Australia!
No sé qué pasa, pero me está pasando
No pienso en ella
En busca de la Bakery de Narnia
Las madres y su intuición
¡Cómo tocas, Mathias!
Ella me ve. Y eso es un problema
Google Translate y otras traiciones
Pan, galletas… y tú
Improvisación para dos
A veces, sin querer, me sale ser humano
Es tu pierna, no un interruptor de alarma
Notas sin partitura
Huye, Marina, huye
El sonido de lo que no digo
Demasiado cerca para no sentir nada
Noche sin luz y con verdad
Esto parece una cita (y yo en pijama)
En manos de otro
No pasó nada… ¿o sí?
El piano calla, yo también
El niño prodigio
Querer y sentir no es lo mismo
Me río, me callo y me como un gofre
Silencio y más silencio
Declaración a lo belga
Mi madre, Mathias y una empanada casera
Sobre la autora
Otras novelas de Noa Sparks
Otras novelas de Roseline Moyle

Ni tú tan grumpy ni yo tan perdida

La comedia romántica que no sabías que necesitabas

Título: *Ni tú tan grumpy, ni yo tan perdida*
© 2025, Noa Sparks
De la edición y maquetación: 2025, RM Madera
Del diseño de la cubierta: 2025, Calice Design
Corrección: 2025, RM Madera (Servicios editoriales RM)
Primera edición: 2025, septiembre
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Ella habla hasta con las plantas.

Él no habla ni con las personas.

El problema no es entenderse.

Es lo que pasa cuando lo hacen.



Para los que alguna vez nos hemos sentido fuera de lugar.

Para los que no sabemos estarnos callados…

y para los que callan más de la cuenta.

Para los que aprendemos que, a veces, no hace falta

hablar el mismo idioma para empezar a entendernos.

NOA SPARKS es el pseudónimo de Roseline Moyle, autora de romance en varios subgéneros. Si te gusta lo que vas a leer, recuerda que puedes seguir conociendo a la autora en cualquiera de sus otras novelas: romance histórico, contemporáneo, fantasía y paranormal. Puedes encontrarla en redes sociales por Roseline Moyle. Búscala en Amazon para descubrir sus historias.

Índice

No era mi plan, pero aquí estoy
Estoy… *¿happy*?
Espera, espera… *spiritual* ¡¿qué…?!
Piano *killer*
Un canguro, por favor.
¡En Australia!
No sé qué pasa, pero me está pasando
No pienso en ella
En busca de la *Bakery* de Narnia
Las madres y su intuición
¡Cómo tocas, Mathias!
Ella me ve. Y eso es un problema
Google Translate y otras traiciones
Pan, galletas… y tú
Improvisación para dos
A veces, sin querer, me sale ser humano
Es tu pierna, no un interruptor de alarma
Notas sin partitura
Huye, Marina, huye
El sonido de lo que no digo
Demasiado cerca para no sentir nada
Noche sin luz y con verdad
Esto parece una cita (y yo en pijama)
En manos de otro
No pasó nada… ¿o sí?
El piano calla, yo también
El niño prodigio
Querer y sentir no es lo mismo
Me río, me callo y me como un gofre
Silencio y más silencio
Declaración a lo belga
Mi madre, Mathias y una empanada casera

Sobre la autora
Otras novelas de Noa Sparks
Otras novelas de Roseline Moyle

PRÓLOGO
Marina

No era mi plan, pero aquí estoy

Vale.

Hay decisiones que una toma por el destino... y otras porque tiene hambre. Yo me apunté al Erasmus por las dos cosas.

La del destino, porque siempre soñé con vivir una experiencia internacional.

Y la del hambre, porque el comedor universitario había servido albóndigas sospechosas por tercera vez esa semana. No sé si fue una señal del universo o un aviso de intoxicación inminente, pero rellené el formulario entre cucharada y cucharada, convencida de que en otro país, al menos, sabría lo que estoy comiendo.

Me llamo Marina, tengo veinte años, soy andaluza, de Cádiz —sí, con su sol, su playa y su arte— y estudio Filosofía (lo que básicamente significa que pienso demasiado y actúo poco). Mi inglés es *just enough to survive*. O eso puse en la carta de motivación, que, no es por nada..., pero copié descaradamente de varias que encontré por internet.

Mi Erasmus soñado era en París, Roma, Florencia... ciudades con nombres bonitos, vino barato y balcones con flores.

¿Qué me tocó?

Bélgica.

Sí, Bélgica. Frío, patatas fritas y un idioma que depende del barrio. Francés, neerlandés, alemán... o todos a la vez. Vamos, un cóctel lingüístico sin hielo.

Pero me lancé. Me vine arriba. Me compré una maleta con estampado de flamencos, una guía turística de segunda mano (con un chicle pegado en la contraportada, qué fantasía) y un abrigo prestado por mi prima de Granada que me queda grande por todos lados… menos en el culo, donde aprieta como si me estuviera juzgando.

Y ahora aquí estoy. En el aeropuerto de Bruselas. Con cara de «¿dónde me he metido?» y arrastrando mis bultos como si fuera a emigrar por tiempo indefinido.

Se supone que la familia de acogida venía a recogerme. He dado tres vueltas. Ni rastro.

Lo más parecido es un señor con cara de estar perdidísimo, sujetando un cartel arrugado que pone «Marino».

Me acerco, por si acaso. Él me mira raro. Yo sonrío.

—¿Marina? —pregunto, con una pizca de esperanza.

—¿Tú, Mariano? —responde, con acento de otro planeta.

Le niego con la cabeza. Nos quedamos los dos con cara de «esto ha sido incómodo» y seguimos como si no hubiera pasado nada.

Empiezo a sudar. Y no por el abrigo.

El wifi no funciona, mi *roaming* se ha declarado en huelga y empiezo a preguntarme si en Bélgica existe el concepto de «asilo humanitario por Erasmus abandonado».

Y entonces… los veo.

Un chico de pelo revuelto, bufanda anudada sin lógica aparente y sonrisa de anuncio de dentista alternativo. A su lado, otro. Más alto. Más mayor. Más serio. Más... todo. Camina como si el suelo le diera pereza.

El primero me sonríe y agita una hoja A4 doblada donde pone a boli: «MARINA (ERASMUS)».

Casi lloro.

—¡Tú ser Marina! —dice, entusiasta. Tiene un acento suave, como quien ha vivido en España pero no se ha quitado lo extranjero de encima. Vamos, a lo Tarzán.

—¡Hola! Bueno… *Hi*. Bueno… *Bonjour*. No sé qué idioma usar —respondo, riéndome sola, que es mi mecanismo de defensa número uno.

—Yo soy Milo, y este es mi hermano Mathias —dice, señalando al otro, que me mira como si fuera un virus raro en un aeropuerto internacional.

Y no va muy descaminado, ¿eh?

—Él no… no habla. Literalmente. Es capullo —añade, como quien comenta el tiempo.

Mathias ni se inmuta. Solo frunce las cejas como si mi maleta de flamencos le hubiera ofendido profundamente.

Me recoloco el abrigo, sonrío como si no me sintiera completamente desubicada, y me repito mentalmente: «todo irá bien». Aunque el hermano tenga cara de querer disolverme en ácido. Aunque no entienda la mitad de lo que me están diciendo. Aunque no sepa si me llevan a casa o a un convento.

Y así, con una servilleta robada del aeropuerto donde he escrito: «Esto es una señal. Espero que sea buena», empieza mi historia.


NO
ENTIENDO
NADA
???

1
Marina

Estoy… ¿*happy*?

Nada más cruzar la puerta, me da un escalofrío. No del frío —que también—, sino de esos que te recorren cuando te das cuenta de que igual te has metido en un fregado monumental.

El trayecto desde el aeropuerto ha sido un homenaje al silencio. Ni una canción en la radio. Ni un comentario. Ni un «¿cómo ha ido el vuelo?». Mathias ha conducido con la misma expresión que tendría alguien que va a hacerse una endodoncia sin anestesia y Milo ha permanecido igual, no sé si por mimetizarse con el ambiente o es que eso de no hablar les viene de familia. El caso es que yo, que no me callo ni debajo del agua, casi exploto entre tanto silencio.

Arrastro la maleta con un sonido sordo contra la alfombra. Me recoloco la chaqueta y le echo un vistazo rápido a la casa. Grande. Techos altos. Orden que, para mí que soy la persona más caótica y desordenada del mundo, me resulta hasta sospechoso. ¿Esconderán algo? Todo tiene pinta de estar muy en su sitio. Lo contrario que yo, que, literalmente, no sé ni dónde estoy de pie ahora mismo.

—Ya estamos —dice el ogro silencioso, sin elevar la voz, sin emoción, sin… bueno, sin nada.

Pero, oye, que no me quejo, es la primera palabra que le oigo en media hora. Así que algo es algo, va mejorando. Eso sí, ni me mira cuando habla. Se queda apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados y con ese aire de «a mí ni me preguntes, esto no va conmigo».

—¡Mamá, papá! —grita Milo—. ¡Ya hemos llegado!

Vaya, me alegro de que haya sido un poco más efusivo que el hermano y, sobre todo, espero que siga así durante el resto de mi estancia aquí, que será nada más y nada menos que ocho meses… ¡Madre del amor hermoso! ¿En qué te has metido, Marinita de mi vida?

Antes de que pueda terminar de respirar hondo, aparece una mujer sonriente, con mandil. La miro mientras camina muy rápido como si le urgiera abrazarme. Y lo hace. Me aprieta un segundo largo, con olor a suavizante y sopa.

Yo me quedo quieta, sin saber qué hacer. ¿Le devuelvo el abrazo? No me da tiempo a reaccionar. Me suelta algo en neerlandés y me concentro en intentar saber qué dice. Vale, no entiendo ese idioma, así que ni idea de lo que significa. Sonrío por inercia.

—Es mi madre —dice Milo en español, apareciendo a mi lado con energía—. Ella está muy *happy* de tener tú aquí.

¡Menudo español!

Milo y yo solo hemos hablado por escrito, tanto por WhatsApp como por mail y, claro, sus frases eran muy correctas y bien estructuradas.

Ahora me doy cuenta de que ha tirado de Google Translator. Pero… ¿quién soy yo para juzgarlo? Hice lo mismo.

—Yo también estoy… *happy* —respondo.

¿Acabo de decir «*happy*»? Qué vergüenza.

Ante de poder salir del estupor que yo sola me he causado con mis tan poco acertadas palabras, sale el padre. Parece más serio y va trajeado, creo que ya sé a quién se parece el hermano mayor.

Sin embargo, me saluda con alegría, así que empiezo a barajar la idea de que Mathias sea adoptado. El hombre me da la mano con fuerza y me suelta otra frase incomprensible. Para mí.

—Dice que tú ponerte cómoda. Y espera que tú no ser del Barça.

—¡¿Qué?!

—Es broma —se ríe Milo. Su padre también. Sonrío sin saber si eso ha sido gracioso o una prueba de integración que, claramente, no he pasado.

Y mientras todo eso ocurre, Mathias se ha sentado en el sofá. En silencio. Mirando el piano como si le molestara su existencia. O más bien, la mía…

2
Marina

Espera, espera… *spiritual* ¡¿qué…?!

La mesa está puesta con un esmero que casi me causa TOC. Soy amante del desorden, de las mesas que dejan los cubiertos en el centro, de que cada uno que se saque su comida, que cada cual se siente en un lugar diferente cada día… Y, sin embargo, aquí todo es tan estructurado que me da hasta miedo. Mantel blanco sin una arruga, servilletas dobladas con forma de abanico, copas alineadas… Creo que lo mejor será que me quede quietecita y no toque nada, ni siquiera el tenedor.

Desde mi posición lo observo todo extrañada… e incómoda, eso mucho. Más de lo que nunca he estado en mi vida. Y mira que he vivido situaciones extrañas y surrealistas…

Me han sentado entre Milo y la madre. Y digo que me han sentado porque, literalmente, me han empujado hasta que he plantado el culo en el asiento. Mi maleta aún está en la entrada, pero se ve que aquí no van a saltarse el horario de la cena ni por darme la bienvenida. El padre de Milo preside la mesa y a Mathias lo tengo justo ahí, enfrente, para tener su cara seria todo el rato delante de la mía. Espero que no se me indigeste la comida.

El plato huele bien, aunque no tengo ni idea de qué es. Milo me ha dicho que es «algo típico belga con patatas». Lo dice así, sin más detalle. Rezo mentalmente para que no lleve caracoles ni algo que se arrastre. Aunque… ¿aquí comen caracoles? Eso era en Francia, ¿no? Bueno, que no tenga bichos que se arrastren y ya.

—¿Ehh... tú… viajar… bien? —pregunta la madre, la cual aún no sé cómo se llama. ¿Será posible? ¿O quizá me lo han dicho y no me he enterado?

—*Yes*, sí —respondo, dudando si contestar en inglés o español—. *Long travel*… eh… *tired*, mucho *tired*.

—¿Mucho *tired*? —repite Milo bajito, intentando contener la risa mientras traduce lo que puede a los padres en francés o en neerlandés. No lo tengo claro. A mí todo lo que no sea español me suena a chino mandarín.

—Milo me ayuda… *with*… *talking* —añado, por ser simpática e intentando disimular el mal rato que estoy pasando.

—Milo, traductor oficial, Erasmus —dice él, con orgullo.

Le río la gracia. Es lo único que me mantiene viva ahora mismo. Bueno, eso y que la comida no lleva nada que se arrastre, al menos, no es visible. Y con eso me conformo.

Mathias mastica. Mira su plato como si le hubieran servido una multa de varios ceros. Ya puedo imaginármelo.

Multa por estar en silencio.

Multa por hacer sentir incómoda a la invitada.

Multa por…

Levanto la mirada y lo observo.

Multa por tener esos ojazos marrones.

Multa por estar tan bueno.

Multa a Marina por pensar idioteces.

—¿De dónde… tú? —pregunta el padre, lento.

—De Cádiz. *Spain*. *South*. Playa, sol… flamenco —añado con las manos haciendo una especie de olé involuntario.

La madre sonríe. El padre también, más ampliamente. Milo intenta no reírse, aunque no lo consigue. Mathias, por el contrario, ni parpadea.

—¿Tú… qué estudiar? —cuestiona de nuevo, esforzándose en sonar lo más español posible. Nota: no lo consigue ni por asomo.

—Eh… *Philosophy*. Filosofía.

—¡Oh! —dice la madre, como si fuera algo exótico. Intercambia unas palabras con su marido y yo los miro entre intrigada y asustada.

Milo me susurra:

—Ellos creer que tú ser monja o profesora. Una de dos.

Sonrío de manera forzosa.

—Esto no va a ir bien —digo, en parte para mí, en parte para Milo. Él me mira preocupado.

—¿Qué pasa?

—Es que no tengo ni idea de idiomas. ¡Hablo solo español! ¡Y ni siquiera estoy segura de que lo haga bien! ¿Cómo voy a sobrevivir aquí? ¡No sé ni cómo se escribe neerlandés! Así que de hablarlo…

—¿Hablas francés? —me pregunta.

—Un poco. *Je suis* Marina*… et je*… *mange des pommes*?

Milo me aplaude despacio, pero la mueca graciosa que pone me da a entender que no voy ni por asomo bien.

—Tú sobrevivir en supermercado, está bien.

—Yo quería practicar inglés aquí, pero todo el mundo parece hablar... otro idioma.

—Yo traducir. Tú tranquila —asegura Milo.

La madre aplaude bajito como si se estuviese enterando de algo. Pobre mujer, debe de estar tan descolocada como yo. Milo se tapa la cara con una servilleta.

—Tú sobrevives en el súper, pero aún no lista para tertulia. Tiempo al tiempo —dice, medio en broma, medio en serio.

—Tampoco pedía yo un debate sobre Descartes el primer día.

—En eso, Mathias puede ayudarte.

Los ojos de todos van hacia él.

—Estoy de vacaciones —murmura, o gruñe, no lo tengo muy claro. Eso sí, sin levantar la mirada del plato.

Ah. Vale. Genial.

Confirmado.

Es encantador.



Después de cenar, la madre de Milo me invita a ver la casa. Nota mental: preguntarle a Milo el nombre, porque… no voy a llamarla mamá. Y me quedan aquí ocho maravillosos meses (entiéndase la ironía), fijo que alguna vez tengo que llamarla por su nombre. Al oír la propuesta, Mathias bufa, el padre de susodicho aplaude la idea y Milo se apunta como si fuera el guía de un museo de lo absurdo.

—Este baño. Súper útil —dice, señalando una puerta—. Cuidado con agua caliente, sale como… ¡boom! Literal.

Río al oírlo y, sobre todo, al ver el gesto que hace de que todo estalla por los aires.

—Boom no me gusta. Prefiero tibia.

—Tibia, *noted*. Aquí cuarto tuyo —continúa Milo, traduciendo a su madre, abriendo una puerta despacio, como con secretismo.

Me asusto al pensar que puedo encontrarme ahí dentro. ¿Por qué no la abre de sopetón y ya está?

Suelto el aire que estaba conteniendo cuando termina de abrirse y veo que no hay nada más que una cama, un escritorio pequeño y un armario. Ya me veía compartiendo habitación con una mascota reptiliana o algo.

—*Window* con cortinas. No persianas. Esto no España.

—Sí, ya me he fijado. ¿Cómo hace una para dormir con luz a las cinco de la tarde?

—Camiseta —me contesta Milo, subiéndose el bajo de la misma y tapándose los ojos.

—Estilo Milo, claro.

Entro y observo. El cuarto me gusta. Es sencillo, con una cama con colcha azul, un escritorio de madera y cortinas gruesas que igual hacen el apaño.

—Ahí —señala la puerta que hay justo enfrente de mi cuarto— oficina de papá. No entrar no permiso. Un estudiante hizo yoga en alfombra y… boom también.

—Boom ¿en qué sentido?

—Boom a país.

Seguimos el *tour* y pasamos por una puerta cerrada que hay al fondo del pasillo.

—¿Y eso?

—Habitación de Mathias. Pero él no… vivía aquí. Solo vaca… vacac… ¿cómo se dice?

—Vacaciones.

—Eso. Él antes solo venir en vacaciones.

—¿Antes?
—Ahora no sabemos.
—Ah. ¿Y el piano?
—*Hobby*, Mathias —agrega la madre de Milo.
—Ah, es músico… —deduzco.
Interesante…



Bajamos al salón y la casa está tranquila. El padre lee un periódico y la madre se pone a recoger los platos que estaban sucios en la cocina. Me ofrezco a ayudar, pero casi le da un infarto a la pobre mujer cuando Milo le traduce. «Ni de broma, soy una invitada», me dice Milo, poniendo en español chapucero lo que su madre ha soltado más que ofendida por esa boca. Resignada, asiento. Me encojo de hombros y… ¿ahora qué?

Miro a ambos lados.

Mathias ha desaparecido. Mejor. Menos tensión en el aire.

Milo me mira con cara de conspirador.

—Ven patio. Yo contar cosa.

Le sigo. Salimos a una terracita. Él se sienta en una silla vieja y yo en otra.

—¿Tú… bien aquí?

—Sí, sí… claro —contesto, pero no sueno muy convencida. Primero, porque sigo planteándome qué he hecho a la vida para que, en vez de enviarme a París o Roma, lo hayan hecho al pueblo más enano de todo Bélgica; segundo, se me están congelando las ideas aquí fuera. ¿De verdad este clima es apetecible para estar fuera? Voy a morir de hipotermia.

—Estupendo. Porque yo voy mañana.

—¿Voy? ¿Cómo que voy? ¿Te vas? —Asiente y yo casi me caigo de culo, pese a que estoy sentada—. ¡¿Cómo que te vas?!

—Sí. A un… *spiritual* retiro.

—¡¿Qué?!

¡Que me da…!

¡Que me da…!

¡Que me da un parraque!

—Mi novia… eh… *finito* conmigo. Y yo… *boom*. Yo… buscar sentido a todo.

¿De todos los alumnos centrados y racionales que se ofrecen en este programa de intercambio me ha tenido que tocar el único tarado a mí?

—¿Te vas a un retiro por una ex? —digo, intentando comprender, aunque no lo veo muy posible.

—Sí. Me dicen meditación, silencio, no móvil… mucha paz.

—Mucha soledad, querrás decir.

—Tú quedas sola con Mathias. ¡Suerte!

¡¿Quéééé?!

Ahora sí que me da.

Mamaíta, ven y llévame contigo.

Quiero llorar.

—Qué ilusión, oye —digo. Prefiero recurrir al sarcasmo que decir lo que se me está pasando por la cabeza.

—Él buen tipo. Solo que… solo quince días.

—¿En serio? —respondo irónica.

—Tú tranquila. No muerde. Creo.

Milo se ríe, yo también, básicamente, por no hacerle el feo. Solo de pensarlo, un escalofrío me recorre la espalda.

¿Yo sola con una familia que no tiene ni idea de español?

Fantástico.

Mis vacaciones de Erasmus empiezan de maravilla.

3
Marina

Piano *killer*

Confirmado: voy a morir en Bélgica.

Y no va a ser por el frío.

Va a ser por la incomodidad social.

Entro al salón para buscar una manta —porque en esta casa hace una temperatura de cueva medieval— y me topo con Milo y Mathias. Están muy juntos, murmurando. Me acerco un poco. No entiendo ni papa. Vamos, que están hablando en neerlandés. Ese idioma que suena a que están escupiendo consonantes y planeando algo turbio. Pues ese.

No entiendo ni media palabra, pero mi nombre suena dos veces y Milo me señala. Sí, lo sé, como espía no me ganaría la vida. Me encojo de hombros, como si pasase del tema, que en parte lo hago porque no sé qué dicen y es tontería alterarme para nada. Solo sé una cosa: Mathias me mira desafiante, molesto y hasta puedo ver los rayos láser que salen de sus ojos.

Pium, pium, hace…

OK, ya sé lo que está pasando: están *negociando* mi custodia.

Me acerco hasta ellos, como si no hubiera oído nada. Que tampoco se puede decir que haya escuchado mucho, salvo Marina, un montón de sonidos indescriptibles, ah y otro Marin

a más enérgico… Pongo mi sonrisa más diplomática a nivel embajadora, esa que usas cuando vas a la revisión de un examen y el profesor casi te dice que has hecho una mierda de examen y tú sonríes con cara de idiota… ¡pues esa! Apoyo el trasero en el respaldo del sofá con más energía de la que pretendía y Mathias emite un gruñido cuando este se hunde por su lado.

—¿Todo bien? —pregunto en español, mirando de uno a otro, esperando que alguno (Milo obviamente) me solvente la duda o, mejor dicho, confirme mi hipótesis.

Milo me devuelve una sonrisa sospechosa. Mathias solo… me mira. Ah, y frunce el ceño. Mucho. Muchísimo. Y resopla.

Vale, hace muchas cosas, aunque ninguna simpática.

—Nosotros hablar de plan de estos días —dice Milo.

—¿Plan...? —repito.

Vaya mojón que Milo se vaya al retiro espiritual. A ver, que no es sorpresa. Tan tonta no soy. Lo que no sabía era que me iba a dejar con Terminator versión pianista. Ya casi puedo verlo aporreando teclas. Contengo la risa al imaginarlo. No tiene cara de músico, porque… los pianistas tienen el rostro amable y angelical, ¿verdad? Lo cierto es que no lo sé, cuando he visto a alguno en la tele siempre me he quedado embobada mirando la habilidad de sus dedos.

Mi mente de repente va por libre y empieza a hilar de manera poco coherente: música, dedos, habilidad…

«Uy, Marinita, deja de pensar en esos que vas a tener un problemilla», me digo al darme cuenta de que acabo de imaginar los dedos de Mathias acariciando algo que no eran las teclas de un piano.

«Qué mal que me está sentado este frío».

Me aclaro la garganta, por si acaso mi voz deja entrever algo de lo que ha pasado por mi mente, cambio al inglés de defensa personal y me lanzo:

—*You... stay? Here? With me?*

Señalo el suelo. Luego a mí. Luego a él. Nivel inglés A1 de manual escolar de los 2000.

Mathias parpadea. Asiente.

—Sí —confirma Milo—. Mathias contigo… y yo me reencuentro conmigo. O algo.

—*Great* —miento, como si no acabara de entrar en una sitcom muda.

Me echo hacia delante, me acerco un poco más a Mathias. Saco mi mejor sonrisa. Esa que dice, o pretende decir, «soy encantadora aunque no lo parezca».

—*Thanks… for... you know. Be here. For me. Help me. Things*.

«Dios mío, Marina, cállate ya, por favor».

Él asiente. Otra vez. Solo eso.

¿Este señor tiene cuerdas vocales o las donó por aburrimiento?

Intento suavizar el ambiente. Tiro de humor, porque ¿qué otra cosa puedo hacer?

—*This is like... Netflix movie. Erasmus girl. Angry man. No subtitles.*

Silencio.

Mathias me observa como si estuviera presenciando una performance muy lamentable.

Giro la cabeza hacia Milo en busca de apoyo, pero él ya se está alejando, silbando bajito.

Traidor.



Estoy en mi habitación. Me tumbo boca arriba en la cama. Saco el móvil. Pulso el botón de grabar nota de voz.

—Marina, escúchame. Si estás oyendo esto, significa que has sobrevivido a tu primer encuentro a solas con Mathias. Enhorabuena. No te ha asesinado con la mirada. O sí, ¿quién sabe? Eres dura, lo sabes, ¿verdad? Tal vez, solo te ha juzgado con ella. No te preocupes, vas bien. Mantén la calma. Evita hablar. O... hazlo, aunque sea mal. Total, tampoco va a responderte. Fin del mensaje.

Guardo el audio y sonrío.

Vale, hace un frío de narices, no tengo persianas y mi anfitrión me abandona, pero… al menos tengo humor. Todo no iba a ser malo.



Un rato más tarde, tras desempaquetarlo todo, descubro que la tableta de chocolate que me traje de España se ha quedado entre medio de una chaqueta azul y un pantalón blanco. ¡Error! Aunque hace frío, el chocolate se ha derretido, supongo que en el avión, y ha montado con mis prendas en *ménage à trois* que mejor no describo. Necesito usar la lavadora. Urgente.

Salgo de mi habitación con las prendas en la mano. Rezo porque la madre de Milo esté ya en casa. Con ella todo es más sencillo.

Me asomo a la cocina. Mathias está allí, solo… preparando algo.

«De acuerdo, Marina. Es lo que hay. O lo intentas o te despides de la ropa».

Me acerco con el móvil en la mano y escribo en Google Translate:

«Hola, ¿puedo usar la lavadora o tengo que pedir cita previa y/o sacrificar una cabra?»

Lo traduzco al neerlandés. Le enseño la pantalla.

Él la lee. Sin decir palabra, señala la lavadora.

—*Thanks. I do wash. Good. Very good wash* —digo, convencidísima de que acabo de sonar peor que un niño de tres años.

Mathias no dice nada. Solo vuelve a lo suyo, ignorándome por completo.

Mientras meto la ropa, pienso que si esto fuera una película, habría música de violín incómoda. Y yo estaría interpretada por una actriz que sabría conjugar verbos. ¿O quizá la música debería de ser de piano? Por mimetizarlo con mi compañero, más que nada.

Cuando termino, vuelvo a mi habitación.

Me siento en la cama, saco una servilleta arrugada del bolsillo (del desayuno de esta mañana) y escribo con boli lila:

«Grabar después: el momento lavadora y cómo Mathias podría ser un androide. No sonríe, no habla, no… nada. Tono dramático, pero gracioso. No olvidar».

La dejo sobre la mesita y abro el móvil otra vez. Audio nuevo.

—Marina, si mañana no hay comunicación básica, empieza a dibujar cosas. Un calcetín si necesitas detergente. Una nota musical si quieres que te hable. O directamente, grita. A ver si reacciona. Fin del audio.

Miro por la ventana. El atardecer está dando paso a la noche. Las vistas son bonitas, eso tengo que reconocerlo.

Escucho ruido por las escaleras.

—*Good night, piano killer* —susurro, mirando a la puerta.

Y una sonrisa tonta se me dibuja en el rostro.

CUANDO NO ENTIENDO, SONRÍO.

ES ESO O TIRARME POR LA VENTANA, Y NO ME HE DEPILADO.



4
Mathias

Un canguro, por favor.

¡En Australia!

Milo se ha ido esta mañana.

Mochila al hombro, sonrisa zen y olor a incienso, el que lleva toda la noche quemando. ¡Qué asco!

—Que la energía te acompañe o... no sé.

Me dijo antes de cerrar la puerta. Muy convencido él. Muy enfadado yo.

Esta semana iba a ser tranquila. Milo se iría con su invitada. Yo tendría silencio. Lectura. El piano.

Nada de visitas.

Nada de ruidos.

Nada de Marina.

Y todo se ha ido al traste.

Me sirvo café. Me apoyo contra la encimera.

En la planta de arriba, ella habla. Pero no hay nadie. ¿Con quién lo hace? ¿Habla sola? Si ya sabía yo que muy cuerda no estaba.

No distingo qué dice. Pero se ríe. Mucho.

No lo soporto.

Prefiero el ruido de la cafetera.



Paso por la cocina y me cruzo con una servilleta pegada al microondas.

Boli rosa. Letra inclinada. Español.

«¿Esto cómo funciona? No quiero morir por calentar sopa».

La leo.

No me sorprende.

Tampoco me molesto en quitarla.

En el salón ha dejado una manta tirada. Un calcetín fuera. Un portátil abierto con pegatinas de colores.

Sigo de largo.



En el estudio, abro una partitura. Intento concentrarme.

Pero se cuela una frase que dijo esta mañana.

En inglés. O en lo que ella cree que es inglés:

«*No boom. Very wash. I survive*».

No tiene sentido. Ni lógica. Pero no se me va de la cabeza.
Cierro el cuaderno.
Quince días. Puedo con esto.

5
Marina

No sé qué pasa, pero me está pasando

Me despierto más doblada que una sombrilla en enero. Tengo el cuello en modo imposible y la cara pegada a la funda del sofá.

Glamour Marina en estado puro.

Reviso el móvil. 08:12.

Uy, tengo un mensaje de mi madre:

«¿Todo bien? ¿Te están alimentando? ¿Llevas la bufanda?».

Le contesto con una foto mía haciendo muecas y la frase:

«Estoy viva. Por ahora».

Me levanto como un perezoso en medio de una carrera.

Crujo entera.

Enfilo el pasillo con el sigilo de un ninja descoordinado. Vamos, que solo me falta poner el Spotify con *La Macarena* para que todo el mundo sepa que ya estoy despierta.

Llego a la cocina. Ahí está Mathias. De nuevo. ¿Es que no se mueve de ahí?

¡Yuju! La mejor compañía para empezar el día. ¿Dónde estarán los padres de Milo? Esos dos tienen a sus hijos más abandonados que la madre de Marco. Que sí, que son mayores, aun así, mi señora madre es más pesada que una vaca en brazos. Será cosa de las madres españolas, digo yo.

Mathias me escucha llegar, claro que lo hace, pero lo disimula muy bien.

Dios, ¿tan mal me porté en otra vida? ¡¿Por qué…?! ¿¡Por qué me castigas así?!

Suspiro bajito e intento no mirarlo. Fallo.

Está sentado. Taza en mano. Postura de estatua griega. De dios griego, diría yo. Tal vez, ¿Apolo? Nooo, este es Ares, el dios de la guerra. Al menos a mí me parece que me la tiene declarada.

Me mira de reojo cuando me paro en medio de la cocina.

Sí, definitivamente es Ares. Aunque le pega más Apolo con ese pelo rubio y esa piel dorada...

«Joder, Marina, vaya película te estás montando».

—*Good afternoon* —saludo, en un absurdo intento de dejar de imaginármelo con saya blanca y escudo reluciente.

Él levanta la vista y me mira de nuevo. Eso sí, ahora de frente.

Asiente.

Pues sí, sí que es hablador el muchacho. Una palabra más y se desintegra.

—*I sleep very... sofa. Very good. Flat. Eh... no complain.*

«Bravo, Marina. Nobel del inglés creativo. Menuda patata estás hecha».

Me acerco a los armarios. Busco una taza como puedo, porque los muebles están a altura de gigantes y yo soy más bien hobbit. Monto un estruendo cuando se me caen varios paquetes de cereales al mirar en el armario que no es.

Escucho un resoplido al fondo. Me encojo de hombros.

Veo de refilón que se levanta con una mueca de desesperación, saca una taza de un armario a la derecha y la deja sobre la encimera.

No habla. Solo ejecuta. Parece un robot. Eso sí, uno educado.

Me señala la cafetera antes de volver a su sitio.

—*Thanks. I coffee now. Survive level: medium.*

Me sirvo.

Quema, pero da igual. Ahora mismo me sumergiría en lava de volcán con tal de acabar con el frío que hace aquí.

¿¡Por qué no me han dado, no sé, el Caribe de destino!?

Me siento frente a él. Quiero decir algo, pero entre que mi inglés parece sacado de un nivel de secundaria (qué digo, ¡de primaria!) y que el individuo en cuestión no se presta a conversación, pues…¡blanco y en botella, Marina!

Silencio.

El café me hace compañía. Mathias, no.

Lo observo mientras bebo. Está leyendo un periódico. De papel. En 2025.

Definitivamente: este tío es un misterio sin resolver.

Pongo el móvil sobre la mesa. Abro el chat que tengo conmigo misma. Grabo un audio:

—Marina, día tres. El sujeto sigue sin señales verbales. Aún no sé si es un experimento científico, un amargado o, simplemente, no le caigo bien. Eso sí, el café es bueno. El ambiente no. Es frío. Literal y emocionalmente. Fin del informe.

Termino de hablar y reprimo la sonrisa.

Oye, esto de que no te entiendan tiene sus ventajas.

Levanto la mirada justo después de bloquear el móvil.

Lo veo mirándome.

¿Querrá hablar? ¿¡Conmigo?!¿Qué se le dice a un tipo que no conoces de nada, en un idioma que no manejas y es menos simpático que un puercoespín?

—*Do you always read… paper thing? Like… not phone?*

Él asiente.

—*Cool. Very… tree-dead-style.*

Ni un gesto. Ni medio.

Pues no, empiezo a pensar que no quería hablar.

Me levanto para evitar la incomodidad que siento. Abro la nevera. Busco comida no sospechosa. Algo que conozca.

¡Bingo! Hay mantequilla y queso. Y… bueno, algo que no sé qué es y que se va a quedar ahí, por si las moscas.

Voy a lo seguro: tostada.

Me siento de nuevo. Trago. Respiro. Miro a Mathias.

—*Today I go outside. City. Look things. Touristic mode. You want come?*

Lo digo por cortesía. No porque me apetezca compañía. O sí. Un poco. Quizá, mucho.

Está bien, lo admito: no quiero salir sola en una ciudad que no conozco y en la que nadie me entiende.

Él niega con la cabeza.

—Vale —respondo en español, bajito—. Tú te lo pierdes, colega.

Ni se inmuta. Se levanta y sale de la cocina.

¡Qué divertido va a ser esto!

Recojo mi taza. Me levanto despacio.

Después, salgo al salón. Camino hacia la escalera.

—Pues eso. Me voy a la aventura. Sola. Qué ilusión. Al menos podrías decirme dónde está la universidad...

Cuando paso por su lado, noto que una de sus cejas se alza medio milímetro, pero vuelve la atención a la televisión, que está encendida en un programa de noticias.

Subo al cuarto. Me visto. Miro por la ventana.

Hace un frío que pela, no tengo un plan claro, no sé dónde ir y mi idea de orientación es la de seguir a gente que tiene de saber lo que hace. Es decir, gente todo lo contrario a mí.

Agarro el móvil. Pulso grabar.

—Audio para Marina del futuro: sales sola no porque quieras, sino porque te niegas a parecer una blandengue. Disfruta de tu independencia forzada. Y compra pan, que aquí no hay pan decente. Fin.

Guardo el audio. Respiro.

—Allá vamos, Marina. Empieza la aventura.

6
Mathias

No pienso en ella

Ni cinco minutos dura el silencio en la casa tras la marcha de la españolita. ¡Ni cinco!

—¿Cómo está Marina? —dice mi madre al otro lado de la línea.

Inspiro con fuerza.

—Bien.

—¿Dónde está?

—Ha salido.

—¿Sola?

No respondo. Mejor silencio que condenarme a mí mismo.

—Mathias, ¿la has dejado salir sola?

—Di mejor que no le he prohibido hacer nada que no le apeteciese.

—¡Mathias!

Silencio.

—Es la primera vez que sale. —Mamá vuelve a la calma o eso intenta hacerme creer—. No conoce el idioma. Ni la ciudad.

—Tampoco la conozco yo.

—Pobrecita… Seguro que tú… tú ¡ni has hablado con ella!

Resoplo.

—¿Para qué? Si ella ya habla por los dos.

Mamá suspira también. Cansada, agotada y, sobre todo, molesta conmigo.

—Milo no está, Mat. Intenta ser un buen anfitrión, por favor. Papá y yo estamos hasta arriba de trabajo.

—Soy un buen anfitrión. No he puesto las noticias hasta que se ha levantado del sofá, donde, por cierto, se ha quedado dormida dos horas después de comer.

—Mathias, por favor. No se trata solo de alojarla. También hay que acompañarla.

—No ha pedido mi ayuda —me defiendo.

—¿Y desde cuándo eso es una excusa?

Ya volvemos a lo de siempre. Cuando mi madre habla, tiene razón. Y si no la tiene, se le da. Para eso es mamá. Es una norma en casa.

Y me molesta. No tengo cinco años para tener que hacer caso. Soy adulto e independiente.

—Milo me dijo que era autosuficiente.

—Sí. Y también piensa que eres un encanto, pero lo ocultas a los demás.

—Eso no ha tenido gracia.

—Pues demuéstralo.

Me paso la mano por la cara.

—Está bien.

—¿Sabes a dónde ha ido?

—Mamá, el pueblo tiene tres calles y una plaza. No puede estar muy lejos.

Espero...

Le cuelgo antes de que pueda decirme algo más.

A regañadientes, me levanto y cojo el abrigo.

La encuentro en menos de quince minutos.

Está en medio de la plaza del ayuntamiento, girando sobre sí misma mientras le nieva encima.

Lleva el pelo revuelto.

Sin gorro. ¡Con el frío que hace hoy!

Bolso cruzado como una mochilera. Ríe sola.

Se nota que no es de aquí.

Dos niños la miran desde una bicicleta. Un perro le ladra al pasar. Marina sigue sonriendo.

Definitivamente, no pasa desapercibida.

No me acerco. Todavía no. Solo me aseguro de que no se pierda.

Respiro hondo.

No estoy aquí por ella. Solo por mi madre.

7
Marina

En busca de la *Bakery* de Narnia

Estoy sola por el pueblo. Y no porque me apetezca, sino porque no pienso admitir en voz alta que no me gusta ir sin compañía.

Así funciono yo.

Decido salir, me creo valiente… y luego me arrepiento a los cinco minutos.

Pero ya que estoy aquí, lo disimulo.

Además, más me vale ir acostumbrándome: Milo no vuelve hasta dentro de quince días. ¡No voy a estar encerrada tanto tiempo!

Al menos, el lunes empiezo la universidad y así no estaré tan ociosa.

¿Quién me lo iba a decir? ¡Deseando ir a clase!

A ver, que voy a estar aquí los ocho meses restantes del curso... ¡Tampoco hay que dramatizar por quince días sola! Salvo porque son los quince primeros...

Olvido esos pensamientos, porque, total, ¿de qué valen? La situación no va a cambiar.

Ando con paso firme, como si tuviera un plan o un destino claro. Uno que no tengo, por descontado. Quiero transmitir con mi actitud que este paseo ha sido y es mi idea brillante del día.

Mentira. Es la peor que he tenido desde que rellené la solicitud del programa Erasmus.

Es martes. Hace frío. Y estoy en un pueblo tan pequeño que si respiro fuerte, probablemente haga eco.

El lugar es mono. Tiene encanto. Callecitas con nombres imposibles de pronunciar, bicis aparcadas como si fueran decoración y una panadería que huele a gloria desde lejos. Una que, por cierto, no encuentro, pese a lo enano del sitio. Me guio por el olfato, pero se ve que en otra vida no he sido sabueso.

Me grabo un audio:

—Marina, parte de exploración número uno: hay pan (lo huelo, al menos), hay frío (demasiado frío, se me congelan las manos) y hay miradas de señoras mayores que sospechan que vengo a robarles el wifi. Estoy bien. Pero no demasiado. Fin del mensaje.

Guardo el móvil y sigo caminando. Qué remedio. Voy en busca del pan perdido.

Paso por delante de una tienda con postales. Entro. Intento decir «buenos días» en francés, pero me sale un *bonjouaah* raro, como si estuviera saludando a un gato.

La señora me devuelve una sonrisa educada y silenciosa. Seguro que está pensando que no soy de aquí. Se me nota en la cara.

Suspiro, resignada, y agarro una postal con una iglesia bonita. La pago y salgo como si no hubiera hecho el ridículo. Dignidad ante todo.

Sigo andando. Me cruzo con dos niños en bici que me miran raro.

«Todo bien, Marina. Esto es cultural. Tú eres diferente, no rara».

Me arrebujo en el abrigo, maldiciendo el frío que hace aquí. Llego a una plaza por la que ya había pasado antes. Me siento en un banco. Miro el móvil. Cero mensajes. Pues vaya con mis amigas, ni se acuerdan de mí.

Me entra un no sé qué. ¿Y si cuando vuelva nadie me recuerda?

Vaya idiotez, ¿verdad?

Me levanto otra vez. Ocupo la mente. Dejo de pensar idioteces. Camino en círculos. Giro sobre mí misma como si buscara algo —que lo hago—. En concreto: la panadería.

Y entonces veo a Mathias.

Apoyado en una farola. Con su abrigo bien colocado y las manos en los bolsillos, como si en vez de verme a mí, perdida en medio del pueblo, estuviese intentando descifrar el sentido del universo.

Parpadeo. ¿Es real? ¿Me lo he inventado?¿Me ha seguido?

Camino hacia él. Despacio.

No se mueve. Solo me mira mientras me acerco.

—¿Qué haces aquí? —pregunto en español. Porque, total, no me va a contestar en ningún idioma, al menos, en español no hago el ridículo ni tampoco tengo que pensar antes de hablar.

Pero alza una ceja.

Esa ceja…

—*Walk* —responde.

¿*Walk*? ¿Me ha entendido o solo ha intuido lo que le decía?

¿*Walk*? ¿Ahora? ¿Por aquí? Este me ha visto cara de tonta o ¿qué?

—*You follow me*? *You… spy Erasmus girl*? —añado, señalándome con teatralidad.

Silencio. Pero le vibra un poco el párpado.

¿Será un tic nervioso? ¿O será que me entiende?

No me lo estoy imaginando. Lo he visto.

Sigo. Estoy dispuesta a tensar la cuerda hasta que se rompa si hace falta.

—*Your mother call you? Say go out, find Spanish girl before she lost?*

Nada. No dice ni pío. Aun así, yo creo que me entiende, ¿verdad? Porque aquí hablan todos inglés… ¿no?

Vuelvo a mirarlo en busca de respuestas.

Nada. Sigue en silencio, observándome.

—Pues si vas a hacer de guardaespaldas, mínimo *help me*. *I smell bakery… but no see bakery.* Narnia, versión cruasán.

Él me mira las manos. ¿Qué hace? ¿Me está ignorando?

«Jolin, que solo quiero comprar un poco de ese pan que tan bien huele…».

Se quita un guante. Solo uno. Me lo ofrece.

Lo miro.

¡Mierda! Este no entiende ni pizca de inglés.

¡Bien, Marina!

—*One glove*? *Why*? *One hot, one… frozen*?

Ni reacciona. Lo mantiene ahí.

Lo cojo. Me lo pongo. Me queda grande. Pero, oye, calienta. Y mucho.

Saco el móvil. Abro el traductor. Escribo lo que quiero y le doy a traducir en neerlandés:

«¿Dónde está la panadería? No la encuentro».

Lo veo mirar la pantalla mientras escribo. Me parece ver un ligero movimiento de ojos. Parpadea cuando lo miro.

Luego, empieza a andar.

No dice nada. ¡Para variar!

Le sigo.

—*So… you read Spanish? A little?* —pregunto con suspicacia.

No responde.

Tampoco es que me sorprenda. Eso ya es una respuesta.

8
Mathias

Las madres y su intuición

Volvemos a casa en silencio.

Ella no habla. Yo tampoco.

No la oigo grabar audios como suele hacer. Porque sí, ya sé qué es lo que hace para hablar sola. ¿De dónde ha salido esta chica?

Agradezco el silencio. Prefiero el sonido de nuestros pasos sobre la nieve.

Porque sí, ha empezado a nevar con más intensidad a la mitad del paseo. Copos blandos, finos. La excusa perfecta para volver sin más explicaciones.

Cuando llegamos, Marina se adelanta. Deja el abrigo colgado con prisa y sube las escaleras sin mirarme.

Mejor así.

Yo me quedo un momento en la entrada, sacudiéndome la nieve de los hombros. El silencio vuelve a llenarlo todo. Pero no es el mismo de esta mañana.

No sé decir por qué.

Subo a mi habitación, pero no me concentro.

Tampoco voy a tocar el piano. No tengo ganas.

Bajo de nuevo. Me siento un rato.

Respiro.

No consigo estar cómodo.

Poco después, oigo la puerta. Es mamá.

Entra dando manotazos a la nieve que tiene sobre el abrigo. Viene cargada con bolsas del súper y la cara roja por el frío.

Me acerco y la ayudo con las bolsas.

—*Hello*! —dice fuerte, más para anunciarse que por otra cosa—. ¿Todo bien? —me pregunta, bajando la voz.

—Sí. La encontré. Tranquila.

—¿Estaba...? —me cuestiona en ese inglés simple que usa cuando sabe que Marina puede estar escuchando.

—Perfectamente.

Ella deja las bolsas en la cocina. Se limpia las manos con el delantal que acaba de sacar del cajón y me mira, más seria.

—Espero que hayas sido agradable con nuestra invitada.

No respondo.

—Mathias...

—No mucho.

Suspira. Luego señala con la cabeza hacia arriba.

—Es una buena chica. ¿Acaso piensas castigarla por algo de lo que no tiene la culpa?

Me cruzo de brazos. No tengo ganas de discutir.

—Va a estar aquí ocho meses, Mat. Acostúmbrate.

—Lo sé.

—Prométeme que lo intentarás.

Lo dice con esa voz que suena suave, pero deja poco margen a llevarle la contraria. No respondo.

En ese momento, Marina baja las escaleras. Pelo recogido. Mal, como siempre. Mi guante sobresale del bolsillo del pantalón. Calcetines polares como únicos zapatos. Tiene frío en la cara y en las mejillas. Se le nota.

Mamá la ve y le sonríe con fuerza, como si fuera su sobrina favorita y no una chica con la que apenas puede comunicarse.

—*You hungry*? *Eat*?

Marina asiente rápido, sonriendo.

Se sienta en una esquina de la mesa, con la espalda recta. Demasiado recta, diría yo.

¿Está incómoda o qué le pasa? De verdad, es imposible de entender.

Mamá le sirve sopa. Le pone pan al lado. Le acerca una servilleta.

Todo con una sonrisa.

Marina intenta agradecer. Dice algo como:

—*Merci… beaucoup very much.*

Mi madre la aplaude bajito, encantada.

Yo me siento enfrente.

No digo nada. Mejor así.

Ella no me mira. Yo dejo de hacerlo.

Solo me fijo en el guante que sigue en su bolsillo.

9
Marina

¡Cómo tocas, Mathias!

Me siento en la mesa con el estómago haciendo cosas raras. No sé si tengo hambre o ansiedad. O las dos cosas mezcladas, que suele pasarme.

La madre de Mathias me sonríe mientras me sirve la sopa con una especie de entusiasmo maternal que me desconcierta. Como si me conociera de algo. Como si no fuera una extraña que ha aterrizado en su casa con una maleta de flamencos y una bufanda de diez metros.

—*You… want more*? —me pregunta, señalando mi cuenco.

—No, no. *It's*… *enough. Merci*… gracias. *Both*.

Hago un gesto con la mano y sonrío, que es mi manera internacional de decir «gracias, estoy bien, no me juzgues por mi pésimo sentido de la comunicación».

Mathias está enfrente, comiendo con una lentitud que ya no sé si es elegancia, frialdad o pasivo-agresividad. No me ha mirado desde que nos sentamos. Parece que, para él, ni siquiera estoy aquí.

Y, por algún motivo, eso me molesta. Se supone que durante los próximos quince días es con él quien más tiempo voy a pasar y… ¿me ignora? No, no estoy dispuesta a soportar a alguien que me sigue por la calle y me ignora en la casa. No, no. Eso sí que no. O me hace caso siempre o me ignora siempre. A mí los grises no me van.

«O blanco o negro, señor Mathias».

Intento romper el hielo con la madre. Me esfuerzo, juro que lo hago. Uso mi inglés de defensa personal, mezclado con gestos absurdos y una sonrisa que empieza a dolerme.

—*I can… help you. Kitchen. After. No problem*.

Ella me mira como si le hubiera ofrecido construirle una catedral en el jardín. Niega con la cabeza y sonríe con fuerza. Después, me señala el pan.

¿El pan? ¡¿Por qué?! ¿Acaso no me ha entendido?

Empiezo a negar con la cabeza, a ver si consigo hacer que comprenda lo que quiero decir, pero ella me interrumpe antes de que pueda empezar a hablar siquiera.

—*Eat. Eat. You guest.*

Ah. Invitada. Claro.

Invitada muda y torpe, pero invitada al fin y al cabo.

Me como un trozo de pan para disimular la incomodidad.

Ella se levanta de la mesa, pese a que acaba de plantar el trasero en la silla. La observo. Va por una jarra de agua, por lo que me vuelvo a quedar sola con el hijo de hielo.

Me atrevo a mirarlo. Un segundo.

Él no levanta la vista.

—*The soup is good* —le digo, bajito. No sé si le hablo a él o a su señora madre, porque ella no me contesta y él tampoco.

Ni pestañea.

—*Very good* —añado, por si con énfasis funciona.

Nada.

Sigo masticando en silencio. Intento poner la servilleta dentro del mantel individual con el que comemos aquí, lo cual es una odisea, porque esto es enano de narices. Qué diferente es esto de España. Como es obvio, para poner una cosa, hay que quitar otra. Y se me cae el tenedor. Lo recojo. Al subir, me golpeo con la tabla de la mesa.

—Auch —me quejo, saliendo a la superficie de nuevo y tocándome la coronilla.

Fantástico. Mañana tendré un bollo curioso.

La madre vuelve, me sirve agua.

Yo le sonrío. Quiero ser amable, simpática, agradable y todos los adjetivos que no es su hijo. Todos a la vez. Aunque lo cierto es que me siento como un pingüino en un curso de salsa. Perdida y ridícula.

Cuando ya he comido, me levanto con el plato en la mano, dispuesta a ayudar, aunque ella vuelva a decirme que no.

—*Let me. Really. I want to… eh… collaborate*.

Ella sonríe, me dice algo que no entiendo del todo, pero capto el gesto: adelante.

Recoloco platos, imito lo que ella hace y acabo intentando encajar una cazuela en un armario que claramente no es el suyo. Ella me corrige con delicadeza. Me río. Ella también.

Por un momento, todo parece más fácil. Hasta que miro hacia la mesa y él sigue ahí. Sentado. Inmóvil. Observando sin observarme.

Me despido con un gesto y subo a mi cuarto. No porque quiera, sino porque ya no sé qué más hacer con el cuerpo.

Me dejo caer en la cama. Cierro los ojos. Me río sola. Saco el móvil. Grabo un audio con voz bajita:

—Informe del mediodía: he dicho *collaborate* como si esto fuera una reunión de trabajo. Menos mal que la madre es simpática, ya sé a quién sale Milo. Por cierto, seguimos sin saber el nombre de la buena mujer. Ah, y Mathias sigue en modo vegetal con bufanda.



Bajo a la cocina a por agua. Sí, otra vez. Creo que es la cuarta o quinta que lo hago desde que me fui a mi habitación. ¿Qué puedo decir? No sé estar encerrada mucho rato sin inventarme una excusa para salir.

La casa está tranquila. Excepto por leves crujidos de madera, el reloj de pared, el viento que se escucha ahí fuera.

Me gusta.

Mentira. Me asusta.

De repente, cuando estoy subiendo con el vaso de agua, me detengo en seco.

¿Eso que he oído es…?

Sí, así es.

Un piano. O, mejor dicho, debería de decir EL PIANO. De él. Porque, hasta donde yo sé, es el único que lo toca en esta casa.

Me paro al pie de las escaleras y afino el oído. Notas sueltas, lentas, delicadas.

Suena hermoso, demasiado para provenir de las manos de alguien con tan mal humor.

Entro en mi cuarto, pero la curiosidad mató al gato, o eso dicen. Y yo creo que en otra vida era un felino. No por lo sigiloso, sino por lo cotilla. Dejo el vaso en la mesilla y salgo al pasillo de nuevo. Sigo el sonido sin pensarlo. Cruzo al pasillo largo.

Me paro frente a la puerta, que está entornada. Me asomo por la rendija y, además de la poca luz que hay dentro, lo veo sentado en la banqueta.

Está de perfil. Muy erguido y me fijo en cómo los dedos parece que van flotando sobre las teclas. Por un momento siento que ese artilugio es el único capaz de calmar al ogro, el único que de verdad lo conoce.

Me quedo quieta, inmóvil, apoyada en la pared, justo fuera de su campo visual.

No quiero interrumpir. No quiero hacer ruido. Ni siquiera respiro fuerte por si las moscas.

Él toca con una concentración admirable, pues parece que no tiene otra cosa en mente a la vez que se ve totalmente relajado. Es una paradoja extraña. Y excitante. Sí, he dicho excitante, ¿vale? Es que a mí los músicos me ponen un poco tontorrona; quizá, porque mi oído musical se quedó abandonado en el paritorio.

No despego los ojos de Mathias y de sus manos, y, por primera vez desde que llegué, lo veo de otra forma. No como el chico seco que no me mira ni me habla. Sino como alguien que siente. Que recuerda. Que tal vez esté roto y todo lo que muestra es pura fachada.

Que sí, que tal vez esto sea un peliculón que me estoy montando, pero es que… se ve tan mono, tan cuqui, tan *cute*…

Suspiro flojito para que no me oiga.

Me dan ganas de acercarme, de preguntarle qué canción es, de sentarme cerca y solo dedicarme a escuchar la melodía.

Pero no me atrevo.

Cuando la música termina, estoy tan ensimismada que no me doy cuenta de largarme por donde he llegado. Tan solo lo miro e intento descifrar qué hay tras Mathias, su silencio y ese piano.

Él se queda quieto unos segundos. Luego, se levanta. Se gira un poco.

Mierda. Me ha visto.

Me encojo de hombros porque no sé qué decir. Total, da igual lo que suelte por mi boquita, porque este no entiende ni una palabra en español y yo estoy demasiado atontada como para pensar algo en otro idioma.

Nos cruzamos la mirada.

Nada más.

Ni un gesto. Ni una palabra.

Mathias pasa a mi lado. Sale de la habitación. No me habla. Tampoco me toca, a pesar de que ocupo gran parte del hueco que hay pasa salir.

Tan solo se va…

10
Mathias

Ella me ve. Y eso es un problema

Han pasado cinco días desde que Milo se fue. ¡Cinco días!

Cinco días en los que pienso que la ignorancia selectiva funcionará. Me equivoco. De manera muy drástica.

Marina no es fácil de ignorar. No porque hable mucho, que también, sino porque ocupa espacio. No físicamente, aunque tenga la manía de dejar los calcetines polares por el salón.

Ocupa espacio con su energía, la cual me resulta agotadora. Con sus intentos de comunicarse, los cuales ignoro como puedo. Con su voz, que mezcla inglés, español, algo que suena a francés mal conjugado y, a veces, simplemente sonido sin sentido. Marina es… como un zumbido persistente. Casi simpático. Casi.

Desde que Milo se fue, me estoy diciendo, autoconvenciéndome más bien, que puedo limitar mi interacción con ella a gestos básicos: señalar el azúcar, apartar una silla, abrir una puerta. Comunicación no verbal, pero efectiva.

Marina, en cambio, interpreta esos gestos como si fuesen parte de un ritual social al que hay que añadirle conversación.

Y no cualquier conversación. No. La suya siempre viene envuelta en risas, miradas largas y ese inglés de emergencia que da más pena que risa. O que debería dar. A veces, no la da. Pena, digo; risa mucha. Muchísima.

Hoy, pese a haber madrugado, bajo más tarde. Espero encontrar la cocina vacía. Error.

—*Good morning!* —saluda ella, sonriente, con un moño torcido y mi bufanda atada en la cabeza como si fuera una diadema.

¿Qué mierda hace con mi bufanda? ¿De dónde la ha sacado?

Respondo con un gruñido que, con suerte, suena a «buenos días» en arameo. Voy directo a por café.

Yo solo necesito rutina, silencio y estabilidad.

Pero claro, ella está allí. Rompiéndome los esquemas, entre otras cosas.

—*You want… pancake? Or toast? I make. For you. Maybe… burnt. A little.*

Levanta un trozo de pan que parece haber pasado por el infierno en un par de ocasiones.

Niego con la cabeza. Sirvo mi café. Me siento.

Ella me mira. Deja el pan y saca su móvil. Lo veo venir.

—*One second*… —dice, mientras teclea con el ceño fruncido.

Me enseña la pantalla. Google Translate.

«¿Usted tiene alergia a las tostadas?»

Escupo el café. Sigo con una tos falsa para disimular la risa.

Mierda. Ella lo nota. Pero no me dice nada. Tan solo se ríe también.

—*I mean… you no eat? No toast?* —insiste.

—No. *Thanks* —respondo, seco; quizá menos seco de lo que tengo intención.

De repente, me mira con los ojos entrecerrados, como si acabara de descubrir algo. Y lo suelta, bajito, medio en broma, medio sorprendida:

—*You… understand me?*

No contesto. Pero ya se sabe lo que dicen: «el que calla, otorga». Y yo otorgo, vaya si lo hago.

Después del incidente, desayunamos así. En paralelo. Ella murmura cosas para sí misma, graba algún audio en voz bajita cuando sale al pasillo. Yo leo las noticias. Finjo que no la escucho. E ignoro el hecho de que se está anotando mensajes para ella misma en una servilleta con un rotulador lila.

Después sale. Dice algo como:

—*I go… explore. Village.*

Asiento. No digo nada. Pero la miro por la ventana a la vez que se aleja. Se me escapa la sonrisa mientras lo hago. El gorro ladeado, el abrigo a medio cerrar. Camina como si el frío no fuese con ella, pese a ir maldiciendo a cada paso.

No salgo. Me quedo en mi despacho. Abro el piano. No toco, tan solo paso los dedos por las teclas, sin apretarlas.

Paso el resto de la mañana con una partitura que no me sale. Y no, no es por las notas.

Aunque suene raro… siento que… la casa está demasiado en silencio cuando ella no está.

Es absurdo. Y real.

La oigo volver al rato. Deja los zapatos en la entrada y sube canturreando algo que parece un bolero en japonés.

Siento la necesidad de tocar algo. Una pieza corta. Algo que termine rápido.

Y lo hago.

En menos de un minuto, la puerta se abre un poco más de lo que está. No la veo, pero sé que está ahí. Escuchando. Otra vez.

No dice nada. No se mueve. No me interrumpe.

Y yo sigo tocando.

Sin mirar.

Sin hablar.

A gusto. Y sabiendo que ella está ahí.

No sé si eso cuenta como compañía. Pero siento que esto es mejor que estar solo.

11
Marina

Google Translate y otras traiciones

Vale. He vivido muchas situaciones incómodas en mis veinte años de existencia. Como aquella vez que saludé a un maniquí pensando que era el segurata de una tienda. O cuando me declaré a un chico en primero de carrera y él me contestó que era gay. Con voz de pena. Y palmadita en el hombro incluida.

Pero esto…Esto está a otro nivel.

Porque yo estaba tranquilamente volviendo de mi paseo, con las manos frías, la nariz colorada y la mente divagando entre croquetas y Nietzsche, cuando he escuchado el piano.

Primero ha sido bajito. Como si alguien tocara sin querer. Pero luego… no. Luego empieza a sonar a música de verdad. De esa que te hace parar. Así, en seco. Aunque yo no lo hago; más bien, todo lo contrario, me muevo rápido y silenciosa, algo que jamás pensé que pudiese hacer.

Llego al pasillo y me quedo quieta. Sin respirar casi. Escuchando tocar a Mathias. Esta podría volverse mi próxima adición. O la única, porque no recuerdo haber sido muy viciosa nunca.

Uyuyui… Viciosa y Mathias en el mismo pensamiento.

«Estás mal, Marinita. Estás muuuy mal».

No sé cuánto rato llevo aquí, quieta, en silencio. Lo que sí sé es que se me han quedado los dedos entumecidos de agarrar el pomo de la puerta y además, pese a que suene cursi y ñoño, me ha dejado el alma un poco revuelta, algo así como Alejandro Sanz en su canción. Solo que él lo canta con estilo y yo he estado a punto de grabarme un audio diciendo:

«No sé qué hace este hombre con las manos, pero no estoy preparada para esto… o sí»

Cuando termina y empiezo a temerme que se levante, me pongo nerviosa porque, seamos sinceros, no es la primera vez que me va a pillar observándolo tocar. A ver si se va a pensar que tengo un fetiche con el piano o algo. Así que, disimulando como puedo, y mal, todo sea dicho, hago como que justo pasaba por la puerta. Muy natural. Muy casual. En plan:

—*Oh, wow, piano? Nice!*

Mathias, que de tonto no tiene un pelo, eso ya me estoy dando cuenta, ladea un poco la cabeza y me mira de reojo. No dice nada. Vamos, en su línea total.

—*You… play very…*

Y ahí me he quedado. Sin saber si decir *beautiful*, *good*, *strong* o *like wow very much please teach me piano*. Así que he sonreído, como si me

fuese la vida en ello, como si eso fuese a compensar mi inglés de primaria.

Después de eso, me he quedado quieta. Él me mira. Yo no le quito el ojo de encima.

Silencio. Incómodo para mí. Normal para él.

Una parte de mí quiere huir, pero en vez de eso saco el móvil y abro el traductor. Esto se está convirtiendo en costumbre.

Tecleo:

«Tocas el piano como si contaras secretos. Muy bonitos».

Le enseño la pantalla.

Menuda cursilada me ha salido. Pero… ¿en qué estoy pensando para decirle eso? Si es que… no hay manera de sacar provecho de mí.

Mathias la lee. Muy serio. Luego, la vuelve a mirar. Y, aunque no sonríe del todo, le baila una ceja. Eso ya es algo. Por lo menos, me siento menos tonta.

—*Thanks* —dice.

Una palabra.

Oye, algo es algo. Un avance. Menos da una piedra, diría mi madre.

Accedo a la habitación despacio, para no espantarlo. Mathias sigue mirándome fijamente. No huye. Vamos mejorando a pasos agigantados.

—*I... want... know you* —digo, mordiéndome la lengua cuando acabo.

Silencio.

Me pongo nerviosa, pero ahora no puedo echarme atrás. Ya lo he dicho. Si salgo corriendo ahora, quedaré peor que si continúo.

Tecleo:

«Quiero saber más de ti».

Lo mira. Me mira. Sonríe de medio lado.

—No hay mucho que saber.

...

...

¡¿Perdona?!

—¿Tú… español… sí?

Se encoge de hombros. Levanta una ceja.

—Entiendo cosas —dice.

COSAS.

¿Desde cuándo? ¿Desde QUÉ momento lleva entendiendo cosas?

Empiezo a hiperventilar.

—¿Que tú entiendes cositas y me has dejado hablar como Tarzán durante cinco días? —pregunto, entre indignada y fascinada por lo claro y lo bien que pronuncia el español.

Él no responde. Pero sí que sonríe. ¿Qué pasa, acaso disfruta de mi cara de horror?

—Voy a denunciarte por omisión de ayuda.

—Buena suerte —dice, levantándose.

Sigo sin creer que me esté hablando. ¡¡EN ESPAÑOL!!

Sale de la habitación y me deja allí plantada. Patidifusa.

—Eh, eh, no te atrevas a marcharte, muchachito —suelto, imitando el tono de mi madre cuando me regañaba.

El efecto deseado no llega.

¡Cachis!

Lo sigo hasta la cocina.

—¿Desde cuándo sabes español?

—Desde siempre.

—¿Y por qué no lo has dicho?

—No me preguntaste.

¡¿SE PUEDE SER MÁS DESQUICIANTE?!

Respiro. Cuento hasta cinco.

Nada, esto no funciona.

Resoplo. Gruño y pataleo como una niña pequeña que no se ha salido con la suya.

Mathias suelta una risa. Corta. Rápida. Sincera.

Está bien. Con eso me doy por más que satisfecha.

Por ahora.



Un rato del susto, del trauma que me quedará de por vida y de salir del trance de oír al ogro pianista hablando en mi idioma, me voy a mi cuarto. Una vez a solas, enciendo el móvil y me grabo un audio:

—Mathias entiende español. Lo ha entendido desde el principio. Y yo aquí peor que Dora la Exploradora con el traductor. La próxima vez que me mire raro, le lanzo toda la lista entera que conozco de insultos en gaditano. Y que conste que no son pocos. El que avisa no es traidor. Fin del comunicado.

Me meto en la cama con mil ideas y un abrigo de dudas. Literal. No he encontrado una manta que me convenza, porque todas son así como muy tiesas o pesan mucho o parecen que van a salir caminando de un momento a otro, así que estoy durmiendo con el abrigo encima del edredón. Estilo Marina.

Cierro los ojos, intentando dormir, y recuerdo el piano. Cómo lo toca. Casi babeo al escucharlo.

No es posible que alguien como él tenga esa habilidad para transmitir con la música.

Quizá no sea tan ogro como aparenta.


¡NO FIARSE
DE LOS
GRUMPY
BELGAS!

12
Mathias

Pan, galletas… y tú

Esto no es lo que había pensado cuando decidí volver a casa de mis padres. Solo quería tranquilidad, reencontrarme conmigo mismo y silencio. Cada segundo que pasa estoy más convencido de que debería de haberme ido con Milo al retiro de las narices, al menos allí tendría todo lo que andaba buscando. Y en vez de eso, ahora estoy en una casa llena de ruido español y una chica a la que quiero ignorar, pero es imposible hacerlo.

—Hoy vais a ir juntos al mercado —me suelta mi madre mientras se prepara el almuerzo para el trabajo.

—¿Vais? ¿Quiénes?

—Sí. Tú y Marina. Necesito verduras, pan y que no se pierda entre los pasillos del mercado.

—No soy su guía turístico.

—Eres el único que no está trabajando. Ni está en un retiro espiritual —remata, sin dejar lugar a réplica.

Después de eso, mete todo en la bolsa y se va. Me da un beso en la frente antes de salir y me suelta un «pórtate bien, Mat». Así, tan a gusto que se queda. Pues nada, me vuelve a tocar hacer de canguro, por lo que ahora aquí estoy de pie, esperando en el pasillo de casa, con el abrigo puesto y el móvil en la mano. Hace como cinco minutos que Marina ha gritado «¡ya voy!», pero es obvio que no viene, al menos, no por el momento.

Cuando por fin baja, lo hace con una bufanda mal puesta, el pelo revuelto y una bolsa del mercado colgando del brazo.

—*Ready!* —dice en inglés, sonriente.

¿Otra vez con eso? Ya sabe que la entiendo, para qué mierda sigue hablando así.

No contesto. Giro y me voy. Ella sale de inmediato detrás.

Durante el trayecto no deja de hablar. Del frío, de su madre, de si existe el Mercadona belga. Por suerte, vamos en coche, así que pongo música para dejar de oír su parloteo. Bach. Está suficientemente alta como para oírla y lo suficientemente baja como para no parecer un sociópata.

Llegamos.

—Huele a queso viejo. Me gusta —dice nada más bajarse—¿te cuento un secreto? —Solo la miro—. Soy un poco ratoncita.

Y se ríe.

Antes de caer en la tentación de sonreír, porque es de lo que me han entrado ganas al ver como imita con la nariz y la boca el hociquito de uno, aligero el paso y entro. Ella me sigue. Por el rabillo del ojo la veo

curioseándolo todo. La lista que me dio mamá es clara: tomates, espinacas, pan y queso. Fácil. Lo que no está en la lista, no entra.

Pero ella…

—¿Y si compramos cereales? Estos tienen vacas tristes dibujadas. Me dan ternura.

—No están en la lista.

—Pero están en oferta.

—Ni aunque vinieran con premio incluido.

—Hablas mejor de lo que pensaba, ¿eh?

Silencio.

Marina suelta un suspiro teatral. Supongo que cansada de mi actitud. Me cansa hasta a mí y eso que soy yo quien ha decidido ser así. Me paro a saludar a un viejo conocido de mi padre, pero apenas puedo decir algo más que «hola», porque la veo que avanza entre los puestos como una exploradora en busca de aventuras. Se detiene frente a unas manzanas. Toca una. Se cae.

Tres más van detrás.

El frutero frunce el ceño. Un niño aplaude.

—Ups. Newton estaría orgulloso —dice, agachándose.

Me despido de Tom y me acerco rápido hasta donde está el puesto de fruta. Recojo una. Ella, dos.

—Vamos a pagar antes de que te multen.

—Deberías hablar más. Es bonito tu acento.

Bonito. Claro.

Niego con la cabeza y echo a andar de nuevo, después de disculparme con el dependiente del puesto de frutas. Seguimos.

Marina coge un tarro de mermelada. Niego. Mira unas galletas. Le digo que se dé prisa.

—¿Sabes que la prisa mata a la experiencia?

¡¿Qué?! De verdad que no la entiendo.

—Eso no está en la lista, Marina —suelto, cortando su verborrea.

—Tú tampoco estabas en mis planes, Mathias. Y mira, aquí estamos.

Eso me hace arquear una ceja, pero no le doy el gusto de responder. Ya no. Sé que está haciendo lo imposible para hacerme hablar. Y no, no lo va a conseguir.

Me distraigo buscando pan.

Cuando me giro, ha desaparecido.

—Genial…

La encuentro tres pasillos más allá, agachada frente a una caja de galletas con cara de estar debatiéndose entre la vida y la muerte. Aunque, claro, es aspirante a filósofa, ¿qué puedo esperar si no?

—¿Te has perdido?

—No, solo… Da igual. Estaba pensando. —Y me sonríe.

—Avísame antes de que piensas ponerte a filosofar entre legumbres.

Se ríe. Mucho. Es un sonido honesto, algo fuerte para lo que estamos acostumbrados aquí, sin embargo, ya me he dado cuenta de que a ella no le importa llamar la atención. A mí… no tanto como debería.

Terminamos con la lista.

En la caja, me doy cuenta de que se gira de nuevo al pasillo y coge una bolsita de nueces y un bote de paté típico.

—¿Esto es paté o una crema para eczemas?

—Se come.

—Vale. Me lo unto en el pan, no en la cara.

Cuando ya hemos salido, tomo las bolsas y le dejo a ella la más ligera. Frunce el ceño, algo molesta, pero no es negociable. Tiene dos brazos que parecen palillos de dientes. Si se lastima, me tocará también acompañarla al médico. No, no, de eso nada…

—¿Sabes? Esto no ha estado mal. Queso, pan, galletas, tú hablando español… Tiene su punto.

—Gracias.

—Y ahora dime. ¿Cuándo pensabas decirme que hablabas español?

Me detengo. Otra vez el temita… Mierda.

—Ya te lo dije: no me preguntaste.

—¡Pero si he usado el traductor de Google tres veces contigo! Hasta le hablé al microondas porque tú no me contestabas. ¿Qué pasa contigo? No ha sido gracioso.

—Oh, sí, ha sido divertido.

—Eres un cabrón con encanto.

—Lo sé.

—Y hablas como cualquiera de mi barrio. ¿Cómo lo haces?

Dudo. Luego cedo. Total, si le cuenta a mamá que le he hablado en español, ella se lo va a decir.

—Viví dos años en Sevilla. Pero he pasado mucho tiempo en España. Ya sabes. Becas. Piano.

—¡Lo sabía! Algo en ti decía «artista atormentado con pasado sureño».

Niego con la cabeza. Marina sonríe como si hubiera ganado algo.

Puede que lo haya hecho después de todo.



Volvemos a casa. Yo voy en silencio y ella tararea una melodía absurda. Hemos dejado el coche en la calle de atrás. Yo camino con esa sensación incómoda de que empiezo a acostumbrarme a su presencia y no sé si quiero hacerlo o no.

Al llegar, antes de entrar, dice:

—Gracias por dejarme acompañarte. Ha sido divertido.

—Lo hice por mamá.

—Ajá. Claro.
Y se va tarareando.
Me quedo un momento quieto. Luego entro. Sonriendo.

13
Marina

Improvisación para dos

Es el séptimo día desde que Milo se fue al retiro y aunque al principio creí que me daría un soponcio de soledad y desesperación, la verdad es que no estoy tan mal. He empezado a cogerle el tranquillo a la rutina. Las comidas con la familia son más fluidas —gracias al inglés nivel croqueta de todos, incluida yo, *of course*— y con Mathias… bueno, no me ha asesinado ni ignorado del todo. Eso ya es un avance.

Incluso, en alguna ocasión, ha hecho de traductor. Así que sí, hemos avanzado mucho. Ha pasado de ser ogro nivel supremo a ser solo… ogro.

Hemos coincidido varias veces: desayunos sin hablar, meriendas con gestos, paseos cruzándonos por el pasillo como si estuviéramos en una evasión constante. Pero a veces, solo a veces, él dice algo. Un comentario seco, una frase al pasar. Y yo, como buena filósofa que soy, me agarro a eso como quien ve señales del destino en el fondo del café.

Otras veces pienso que, en realidad, él es así. Su carácter. No todo el mundo puede ser un cascabelito. Tal vez, simplemente, le guste el silencio. Aunque para mí eso es algo impensable, raro, absurdo, imposible…

Esta tarde intento estudiar unos apuntes que me han pasado sobre Kant, pero mi cerebro solo procesa dos cosas:

- Una mosca que lleva veinte minutos chocando contra el cristal.
- Y las notas que empiezan a sonar al otro lado de la casa.

El piano.

Otra vez.

Me asomo por la puerta. Dudo.

Me digo: «No, Marina, déjalo. Él está en su mundo, tú en el tuyo".

Pero claro, eso fue antes de que mi pie decidiera moverse solo.

La puerta de la sala donde está el piano está entornada. Lo justo para que salgan las notas. Me sorprende darme cuenta de que, desde aquella noche, nunca más ha vuelto a cerrar la puerta de esta habitación. Quizá, y solo quizá, no le molesta tanto que lo escuche tocar.

Me acerco. Toco dos veces con los nudillos. No quiero pecar de cotilla… una vez más.

—¿Puedo pasar? —pregunto bajito, intentando molestar lo menos posible.

Me mira, no responde. Aunque tampoco gruñe. Y hasta me parece ver una leve sonrisa en sus labios. Eso es un sí en idioma Mathias. Ya lo voy conociendo.

Entro en la habitación. Lo veo sentado al piano, supongo que concentrado hasta que he llegado yo. No veo ni una partitura delante. Solo él, las teclas y esa cara que no sé si quiero descifrar.

Me acerco despacio y calladita. Muy calladita, aunque eso dura poco porque, a cada paso que doy, un crujido resuena bajo mis pies envueltos en calcetines polares y rompe la tranquilidad que se respira.

—¿Improvisas?

Asiente sin apartar la vista del piano.

—¿Te importa si…?

—Haz lo que quieras, mientras no toques nada —dice, sin brusquedad, pero tampoco con cariño. Típico de él.

Me siento en la alfombra, cruzando las piernas.

—¿Y si toco una sola tecla? Una pequeñita, sin molestar. Prometo no invocar demonios.

Ladea la cabeza, casi sonriendo. Solo casi.

—Depende de la tecla.

Me levanto y me siento a su lado en el banquito, dejando un hueco decente entre los dos. Acerco un dedo lentamente. Pulso una

—¿Esta aprueba?

—Tolerable —contesta—. Es un Do.

Y casi, casi diría que una sonrisa asoma a sus labios.

—Ahora tú —le reto.

Toca tres notas. Las repito como puedo.

Luego cambia la secuencia. Yo la destrozo. Sin embargo, no dice nada. Solo sigue acariciando las teclas y yo aporreándolas después.

Así estamos un rato. Improvisando una especie de canción absurda que mezcla su talento y mi falta total de él.

Yo pongo cara intensa, como si supiera lo que estoy haciendo. Él finge no reírse. Sí, sé que finge porque se le forman arruguitas en los ojos.

Ya lo voy conociendo. Y cada vez me sorprende más lo que descubro.

—¿Esto tiene nombre? —pregunto.

—Desastre en Re menor —responde, sin pestañear.

—Me encanta. Tiene potencial para musical de Broadway. Con coreografía y todo. Casi puedo escuchar ya los aplausos del público.

Se levanta del banco y me deja todo el espacio para mí. Lo miro con cara de marciana mientras él se deja caer en la pared, justo a mi izquierda.

—Te toca el solo.

¡¿Qué?!

¿Ahora resulta que también sabe gastar bromas? Porque, déjame decirte, que esta no me está haciendo gracia.

—¿Un solo? —Asiente con la cabeza y sonríe—. ¡Pero si solo sé tocar *Estrellita dónde estás* con un dedo!

—Pues hazlo.

Suspiro. Acepto el reto.

Entrelazo mis dedos y los estiro al frente. Después, visualizo en mi mente el pequeño órgano que tenía mi prima cuando éramos pequeñas. Pongo los dedos sobre las teclas. Mi dedo índice se pasea por cada una de las teclas y el resto se quedan superpuestos, ya que no sé qué hacer con ellos. Empiezo a tocar algo parecido a una escala de sonidos y termino con un acorde que suena a sirena de ambulancia.

—Con estilo —digo, orgullosa.

Mathias me mira. No se ríe, pero sus ojos tienen ese brillo que empieza a parecerse a una sonrisa real. Aplaude con suavidad y no despega la mirada de mí.

—Gracias por dejarme estar aquí —suelto, más seria de lo que he estado en mi vida.

—No tienes que darlas. No te he echado, ¿verdad?

—Eso en tu idioma es como decir «te aguanto», ¿a qué sí? Admítelo, al final te caigo bien y todo.

No responde. Como siempre. Me crispa los nervios que solo me mire y ya está. Voy a replicarle algo, cuando se mueve y se acerca otra vez. Toma asiento junto a mí.

Lo observo con detenimiento. En la calma con la que se mueve, con la destreza que posa sus dedos sobre las teclas y con la soltura con la que las aprieta. Sin mirar. Solo sintiendo cada vibración.

Esta vez, toca algo suave. Casi una nana. Una melodía breve, íntima.

Me quedo escuchando. Me levanto de mi sitio y me siento de nuevo en el suelo. No quiero entorpecer al artista. Tengo la espalda apoyada en la pared y el corazón descolocado. Acabo de darme cuenta de que Mathias sí habla, solo que no lo hace con palabras.

No sé qué acaba de pasar.

Pero me gusta.

Y eso es... un pequeño gran problema.

14
Mathias

A veces, sin querer, me sale ser humano

La oigo reír.

No es una carcajada, es más bien una especie de bufido ahogado, un ronquido extraño, un cerdito a punto de ser degollado... Aun así, la reconozco. Me asomo desde la cocina. Ella no me ve. Yo a ella sí.

Marina está en el salón. Sola. ¿Y de qué o con quién se ríe entonces?

Está sentada en el suelo, frente a la mesa baja, con el portátil delante y el móvil en equilibrio sobre un cojín, como si estuviera grabando algo. Lleva uno de esos jerséis enormes que parecen una manta con mangas, el pelo recogido en un moño que seguro que ha tenido tiempos mejores y calcetines de colores distintos. Ella apoya a la diversidad o eso me dijo cuando le pregunté por qué nunca se los ponía del mismo color.

Parece cómoda.

En mi casa.

Con mi gente.

Conmigo.

Pensarlo me provoca una sensación extraña, placentera y molesta a la vez.

Me giro antes de que me vea y vuelvo a la encimera. Tengo una manzana en la mano desde hace un rato, pero ni me acordaba de que pensaba comérmela. Me detengo un segundo, miro el cuchillo, lo dejo sobre la tabla. Me apoyo con ambas manos. Respiro.

Algo se está cambiando. No sé qué es. Tan solo sé que está ocurriendo y que, por supuesto, a mí no me gustan los cambios. No me seduce la idea de la improvisación, de no tener el control de lo que hago, de no ser capaz de reaccionar… Y todo eso es lo que está sucediendo.

Hace un par de días que soy consciente de que algo extraño me pasa con ella. A veces, habla sola y yo finjo que no la escucho. A veces, canta bajito mientras friega los platos, desafinando con entusiasmo, y yo intento no mirar. A veces, se me escapan comentarios que suenan más suaves de lo que lo que se supone que quiero.

Y ella hace o contesta como si no se diese cuenta de esos detalles. Aunque los dos sabemos que no es cierto. Marina, pese a parecer muy despistada, lo nota todo.

Y yo empiezo a notar cosas de ella también.

Como que, en vez de llenar la casa de ruido, ha llenado algunos huecos de silencios molestos e incómodos.

No sé si la casa está más cálida porque el clima ha cambiado… O porque ella ha empezado a formar parte de mi entorno y mi día a día.

Me niego a pensarlo más.

Abro el cajón buscando una cuchara solo por hacer algo. Me entretengo clasificando cubiertos, que nunca están donde deberían. Mamá es caótica, papá ni se molesta y Milo… bueno, de mi hermano mejor ni hablar. Pero yo… yo necesito orden, estructura y paz, tanto mental como visual. Quizá sea todo consecuencia de la infancia tan atípica que viví. No lo sé. Tan solo sé que me gusta tener la sartén por el mango y controlar que no sucedan más imprevistos de los necesarios.

Imprevisto = Marina en estado puro.

Vuelvo a mirar hacia el salón. No está donde estaba. No hay nadie. Me giro a la cocina otra vez.

¿A dónde ha ido...?

Escucho sus pasos justo antes de que entre.

—¿Tú sabes si esto funciona como horno también? —pregunta, apoyada en el marco de la puerta de la cocina, señalando hacia el microondas con el ceño fruncido.

—No —respondo sin más.

—¿No? ¿Seguro? Porque tiene más botones que un coche.

—Es un microondas, no un Transformer.

Sonríe. No me mira directamente y eso hace que me dé un salto el estómago. Se muerde el labio como si estuviera evaluando si merece la pena seguir hablándome o no.

—¿Y si yo, por ejemplo, quiero calentar una empanada sin que quede *blandurria*?

—No metas empanadas y será mejor para todos.

Asiente despacio.

—Vale. Pues la merienda tendrá que esperar entonces.

Se da la vuelta como si nada. Siento un extraño impulso al ver que se va y me deja aquí. De manera que, antes de que se aleje, digo sin pensarlo mucho:

—Puedo hacer café… si quieres.

Ella se detiene antes de terminar de cruzar el umbral. Se gira con expresión de sorpresa.

—¿Eso ha sido… una invitación?

Me encojo de hombros. No digo nada. Creo que es mejor así.

—Ten cuidado, Mathias. Al final voy a caerte simpática y todo, ¿eh?

Me pongo a preparar dos tazas, así le doy la espalda y no puede ver la sonrisa que se me ha escapado al escuchar su tonito de humor.

En contra de lo que imaginé. Marina no se sienta. Se acerca un poco más a mí y se apoya en la encimera, a un metro exacto de distancia.

—¿Siempre has sido así?

—Así ¿cómo?

—Callado. Misterioso. Con cara de «no me hables o llamo a la policía».

—Sí.

—Pues te pega. Aunque a veces… se te escapan gestos y...

—¿Gestos?

—Sí. Cosas humanas.

La miro, sin contestar.

Ella baja la mirada, pero sonríe. Mucho.

Yo intento no hacerlo. Me sale de pena.

Sirvo el café. Uno para ella, otro para mí.

—Gracias —dice.

Se sienta a la mesa. Yo me quedo de pie, pero después de unos segundos, me uno.

En silencio.

Bebemos.

Ella hace ese ruidito involuntario al primer sorbo. Ya me he dado cuenta de que siempre hace lo mismo, es el sonido que precede a quemarse y maldecir un poco en voz baja.

—¿Sabes? Hoy pensaba grabar un vídeo de la casa para mandárselo a mis padres —comenta.

—Ah, genial —contesto.

—No lo he hecho. Me da corte si estás tú por aquí.

—¿Por qué?

—Porque sueno ridícula. Y tú me vas a estar juzgando con todo.

—Yo no te juzgo.

—Sí, claro. Y yo soy introvertida y se me da de vicio el inglés.

No sé qué responder a eso. Así que no digo nada. Tan solo dejo que el silencio dure lo justo antes de lanzar una pregunta.

—¿Te gusta estar aquí?

Ella me mira, sorprendida. Supongo que no está acostumbrada a que sea yo quien comience la conversación.

—¿Aquí… en la cocina?

—Aquí en general. La casa. El pueblo. En esta situación rara.

Se lo piensa. Bastante me da la impresión.

—Al principio fue raro. Me sentía... fuera de lugar. Como si estuviera ocupando un espacio que no me correspondía. Pero ahora…

—¿Ahora?

—Ahora me siento como si empezara encajar y a entenderos. Y no hablo de las palabras.

Mierda.

No sé qué decir. Otra vez.

Silencio. Incómodo. Al menos, para mí.

Ella se levanta, lleva su taza al fregadero.

—Gracias por el café —dice, y cuando pasa a mi lado, me roza el brazo sin querer.

La sigo con la mirada cuando se va. No porque quiera, sino porque me sale solo. Sus calcetines no hacen ruido sobre el suelo, el vapor del café aún flota en el aire y mi cabeza repite una frase que no esperaba pensar:

«A veces, sin querer, me sale ser humano».

15
Marina

Es tu pierna, no un interruptor de alarma

Los días pasan y, sorprendentemente, sigo viva.

Han pasado ya nueve desde que Milo se fue al retiro espiritual y yo pensé que estaría llorando por las esquinas, hablando sola en tres idiomas mal conjugados y comiendo galletas a escondidas.

Pero no.

O sea, sí hablo sola —eso no ha cambiado—, pero ya no siento que esté en una casa ajena.

Lo que más me sorprende es Mathias. No es que ahora sea la alegría de la huerta, aunque ha bajado su nivel de ogro. Un poco. Vale, un pelín. Yo lo noto, que es lo importante.

Ahora me responde cuando le hablo, a veces incluso sin monosílabos. Hemos ido al mercado juntos, me ha salvado de romper más cosas y ayer se rio. Se rio. No a carcajadas, no, pero la comisura de su boca hizo algo más amplio de lo que suele hacer. Eso cuenta.

Lo cierto es que, sin percatarnos, hemos ido creando rutinas compartidas. Los dos desayunamos temprano, aunque no hablamos mientras lo hacemos. Yo pongo música por las tardes mientras intento estudiar y él no me la quita, pese a que estoy segura de que le molesta. Por las noches, coincidimos en la cocina y terminamos comiendo fruta en silencio. A veces me traduce cuando su madre me pregunta cosas y yo me quedo con cara de ficus.

Y cada uno de esos momentos, cada mirada sin querer, cada gesto... va sumando. Y yo me doy cuenta. Porque lo miro.

Y él empieza a mirarme también.

Y eso nos lleva a hoy. Al gran salto.

Todo ha empezado porque he dicho la frase mágica:

—¿Vemos una peli?

Y él, que normalmente solo contesta con monosílabos, ha dicho:

—Vale.

Vale. Así, sin más.

De modo que ahora estoy aquí, con una manta a medias (la parte calentita es suya, claramente), el mando en la mano y el catálogo de pelis mirándome como si me fuera a jugar la vida. Porque claro, ¿qué película se pone en una situación así? ¿Comedia romántica? ¿Terror psicológico? ¿Documental de pingüinos?

—¿Alguna preferencia? —pregunto, sin mirarlo directamente.

—Que no sea francesa. O rusa.

—¿Tienes un trauma con el cine soviético?

—Los subtítulos son eternos.

—Entendido. Vamos con algo internacional, pero digestivo. Algo como… esto. —Le señalo una peli coreana con portada misteriosa y cero contexto.

Él asiente. No lo piensa mucho. Como si lo importante no fuera la peli.

Y claro, eso ya me descoloca. Porque… si no está aquí porque le apetece la película… ¿qué demonios le interesa?

«Marina, deja de pensar que eso no se te da bien. Al menos, en estos casos y cuando de Mathias se trata la cosa».

Le doy al *play*. La película arranca con un plano de una ventana abierta. Una mujer llorando. También hay una planta. Música tensa. Ninguna explicación. Pintaza, vamos.

Me acomodo.

Él también.

Silencio.

Cinco minutos después, sigo sin entender nada.

Él tampoco, pero hace como que sí.

—¿Tú crees que esa planta simboliza el paso del tiempo o es solo decoración y yo me estoy comiendo la cabeza por nada? —le pregunto, porque me aburro como una soberana ostra.

No responde.

Fantástico.

—Igual está muerta, como el matrimonio de la señora que llora —sigo, por si cuela.

Tampoco responde.

—Oye, si estás dormido dímelo y pongo dibujos o algo más interesante.

—Estoy despierto —contesta. Le tiembla una comisura.

Ahí lo pillo.

—¡Has sonreído! ¡Te he visto!

—No he sonreído.

—Sí, pero en versión modo ninja. Solo los guerreros más avispados pueden darse cuenta del sutil gesto. Por suerte, soy la más aventajada de mi clase.

Le saco la lengua, como toda persona madura haría en este contexto. Él ni se inmuta. ¿Cómo puede ser tan serio? Lo miro. Mathias no hace ningún gesto, tan solo se acomoda. Cruza las piernas un poco más hacia mí. El borde de la manta me roza la cadera.

Me quedo quieta, como si eso pudiera congelar el momento.

La peli sigue. La señora coreana continúa llorando y la planta muriendo lentamente.

Yo lo voy comentando todo. Mientras que él no dice nada. Aun así, tampoco se levanta. Ni me manda a callar.

Estoy aburrida, con ganas de que me diga algo, lo que sea, que me haga desconectar de este bodrio que no entiendo y que no sé por qué

he elegido.

Estoy cambiando de postura, intentando no morirme de frío ni parecer demasiado pegada a él. No quiero que me denuncie por acoso.

Mi pierna roza la suya. Sin querer.

Y no es un roce leve. Es contacto total. Gemelo con gemelo. Calor contra calor.

Me tenso. Él también.

Silencio.

Fin del mundo. Al menos, para mí.

«Disimula, Marina, disimula».

—No me mires así —suelto, eso sí, sin atreverme a mirarlo—. Es tu pierna, no un interruptor de alarma.

Nada.

Ni se mueve.

Ni se aparta.

«¿Por qué? Haz algo, hombre, que no sé qué esperar contigo»

Me obligo a mirar la pantalla, aunque no tengo ni idea de qué pasa. Creo que ahora hay una escena en un supermercado. O una iglesia. O un supermercado dentro de una iglesia. No me importa.

Lo que me importa es que no se ha apartado.

Y yo, en lugar de huir al otro lado del sofá como haría una persona sensata, me quedo. Inmóvil. Fingiendo que no ha pasado nada, mientras mi pierna sigue en contacto con la suya como si fuese lo más natural del mundo.

A los dos minutos, el roce ya no es roce. Es simplemente posición. Como si siempre hubiéramos estado así.

A los diez, ni siquiera lo pienso.

A los veinte, me doy cuenta de que no estoy viendo la peli. Estoy escuchando su respiración. Su ritmo. Pausado. Regular. Tranquilo.

Me giro un poco. Lo suficiente para verlo de perfil.

Está serio. Concentrado. Pero no en la peli.

Está pensando. Lo sé. Tiene la misma cara que cuando está tocando al piano, cuando improvisa y está en su mundo. Y yo me muero por saber qué pasa por su cabeza.

Me muerdo el labio. Me incorporo para beber agua. Me aparto un poco y el contacto desaparece.

No dice nada.

Sin embargo, sale del trance en el que estaba y me mira.

Y ese segundo de cruce visual es como una descarga silenciosa. Nada pasa. Pero todo dentro de mí se sacude.

Me llevo el vaso a los labios y bebo sin sed. Vuelvo a mi sitio.

Esta vez, juro que, sin querer, mis dedos tocan los suyos al coger la manta.

Otra chispa.

Otra pausa.

Y él, por primera vez en todo este rato, dice algo sin que yo le pregunte:

—La peli es horrible.

—Lo sé —respondo, riendo nerviosa—. Aunque en el sofá se está bien.

Asiente.

Y eso me basta para pensar que, tal vez, si esto fuera una comedia romántica, ahora sería el momento en el que pasa algo. Una mirada, un gesto…

Pero no pasa, porque esto no es una comedia romántica. Solo somos dos medio desconocidos compartiendo manta, silencio y, en mi caso, calor. Mucho calor.

16
Mathias

Notas sin partitura

Han pasado ya diez días desde que Marina llegó.

Diez días de caos absoluto en el día a día, de interrupciones inesperadas, de rutinas alteradas. Y, contra todo pronóstico, no estoy deseando que vuelva Milo. De eso nada. Que me perdone mi hermano, pero si cuento los días es por todo lo contrario.

Me estoy acostumbrando a Marina. Demasiado tal vez.

Ayer compartimos el sofá y una peli. Malísima, por cierto. A niveles estratosféricos.

Fue raro. Lo reconozco. Incómodo. No por ella. Por mí. Porque soy demasiado consciente de todo últimamente: de cómo se ríe con los subtítulos cuando vemos la tele y no está en castellano, de cómo se mueve por mi casa como si ya fuese la suya, de cómo me mira… sin miedo. A veces pienso que sabe leerme por dentro, aunque no lo diga. Y me asusta.

Desde hace dos días, la escucho grabarse audios. Sí, de esos que se habla ella sola y se cuenta cosas para no olvidar. Pues eso. Después dirán que el rarito de la casa soy yo…

No lo hace delante de mí, claro. Desde que sabe que la entiendo se aleja y finge que responde mensajes o que busca algo en la cocina. Como si así no la fuese a escuchar, con la voz tan estridente que tiene.

Aun así, me hago el tonto, pese a que sé lo que hace y, sobre todo, lo que dice.

Como hoy, por ejemplo. Estoy recogiendo unos platos de la encimera cuando escucho su voz. Pienso que está hablando conmigo, ya que estamos solos en casa. Me giro. Y… está de espaldas, con el móvil en la mano y los auriculares desconectados. La oigo hablando bajito. Casi susurrando.

Me acerco con idea de interrumpirla, porque sé que no quiere que la escuchen cuando se graba. Sin embargo… No suelo escuchar. No quiero. Aun así, esta vez no puedo evitarlo.

—...y eso, que igual no debería, pero me siento muy sola. No por estar lejos. Eso ya lo sabía. Es otro tipo de soledad. Como cuando estás rodeada de gente que no termina de verte. O sí te ven, pero no saben qué están viendo. No sé si me explico. O si me explico mal, como casi siempre. Total. Da igual. Fin del audio, Marina. Luego te lo vuelves a poner y haces como que entiendes lo que querías decir.

Termina y… silencio.

Ella respira hondo, guarda el móvil y se gira.

Yo, que me estoy volviendo bastante rápido y experto en esto de espiar y simular luego, ya me he apartado. Finjo que busco algo, lo que

sea, en el armario de los cereales. Pero, pese a que mi cuerpo está en otra cosa, sus palabras se han quedado en mi cabeza.

Me digo que no debería afectarme. Además, no me gusta meterme donde no me llaman.

Bufo. No puedo. Es que…

Su voz ha sonado distinta, diferente. No como la chica que se ríe sola ni la que pone nombre a las plantas muertas de las pelis.

Ha sonado rota.

Y yo la he escuchado.

Y ahora no sé qué hacer con eso, porque sé lo que es sentirse así. Y no puedo obviarlo tan fácilmente.

La siento colocarse a mi lado, como si nada. Creo que piensa que no la he oído.

Mejor. Así me será más fácil disimular.

—¿Desayunas conmigo? —me pregunta, sonriéndome.

Asiento. Claro que lo hago. No me molesta su presencia y, ahora menos, desde que sé que siente sola.

Saco dos tazas y le paso una.

Marina pone cara de sorpresa.

—¿Vas a compartir tu café de ogro conmigo?

—No te acostumbres.

Se ríe. Y eso me salva. Porque si sigue sonriéndome así terminaré del revés, al igual que está ahora mismo mi estómago.

La miro de reojo mientras se pone a preparar unas tostadas. Lleva uno de los jerséis que mi madre dejó en el perchero del pasillo. Le queda grande. Le tapa las manos. Y, aun así, creo que le queda genial.

No digo nada.

Nos sentamos. Desayunamos en silencio.

Marina mira por la ventana. Yo tan solo la observo.

Después, me encierro en el cuarto del piano. No quiero pensar. Aunque es lo único que hago desde que ella llegó a mi familia, mi casa y, ¿por qué no decirlo?, a mi vida.

Me siento frente al teclado, dejo que los dedos se deslicen solos. Improviso.

No hay partitura. No hay estructura. Solo notas sueltas que se rozan, como si buscaran algo que no acaban de encontrar.

Y me doy cuenta de que esto que toco… me suena a ella. A ese caos que arrastra, a su risa en medio del silencio, a su forma de entrar en una habitación sin pedir permiso. Y también suena a lo que ha dicho: a esa sensación de no encajar, de hablar y que nadie te escuche de verdad. A que te miren sin verte.

Cierro los ojos. No soy de los que se abren fácilmente. Nunca lo he sido. Pero Marina me descoloca.

Yo solo hablo a través de las notas. Siempre ha sido así.

Y lo escucho en ellas ahora… me aterra, porque no sé si estoy preparado para afrontar lo que significa.



Más tarde, salgo del cuarto y me la encuentro sentada en la terraza, con una manta sobre los hombros y el móvil en la mano.

No sé si ha grabado otro audio, tan solo me percato de que tiene los auriculares puestos. Quizá, se está escuchando a sí misma.

Y eso, por alguna razón, me revuelve el estómago. Y no en el mal sentido.

No me acerco. No esta vez. Quiero darle intimidad.

Le dejo una taza de té caliente sobre la mesa del porche sin que ella se dé cuenta y, por supuesto, sin decir nada.

Me marcho antes de que me vea.

Y es que, como ya me dijo ella, a veces, sin querer, me sale ser humano.

17
Marina

Huye, Marina, huye

Hoy me escapo. Literalmente. Salgo por la puerta de atrás, como si huyera de una invasión alienígena en forma de pensamientos raros con nombre y acento andaluz propio.

Han pasado dos días desde lo del sofá. Desde el roce de nuestras piernas, el té caliente en la terraza, las conversaciones a medias y los silencios que, sorprendentemente, no me matan.

Me gusta pensar que algo ha cambiado, aunque no tengo pruebas ni testigos. Solo la manera en la que Mathias ya no se esfuma cada vez que entro en una habitación. O cómo a veces se queda cerca. No pegado a mí, pero tampoco huyendo.

Así que hoy me escapo. Porque lo que está pasando me da miedo. Porque siento cosas. Porque me noto boba. Y porque si me quedo mucho más tiempo mirándolo tocar el piano con esa cara de concentración celestial, igual acabo gritándole que me gusta.

Y eso sí que no.

No. No. Eso no.



Camino sin rumbo por el pueblo. Bueno, rumbo tengo: el de no volver hasta que me calme.

Me paro en una panadería y me compro una napolitana con la que me quemo la lengua. Bien hecho, universo.

Entro en una tienda con jerséis de lana que pican solo de mirarlos.

Salgo.

Vuelvo a dar vueltas. Hago como que leo los anuncios del tablón del centro cultural. Necesito distraerme.

Y justo cuando estoy por plantearme hacerme voluntaria en un club de petanca, aparece él, el causante de que esté a temperatura de pingüino en medio de la calle. Mathias.

—Te dije que no hacía falta que me siguieras —suelto, antes de que abra la boca.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

Tiene las manos en los bolsillos. La bufanda mal colocada, algo raro en él, que siempre luce impecable. El pelo está alborotado por el viento. Y lleva esa cara de «no te aguanto, pero no te dejo sola ni loco».

—Entonces… ¿me estabas buscando? —pregunto. Ya sé la respuesta, pero a veces me gusta ponerlo incómodo.

—No sabes volver —responde. Ni se inmuta.

—¿Y cómo sabes que no sé volver?

—Porque has pasado por la calle del mercado tres veces en diez minutos.

Y lo peor de todo no es que me haya seguido o que lleve más de media hora mirándome sin decirme nada… es que… Lo peor es que tiene razón. He pasado cuatro veces por el mercado. No tres. ¡Cuatro!

Lo miro y me encojo de hombros.

—Aún no me aprendo las calles.

Suspira y tengo la impresión de que ser amable le cuesta, mínimo, un riñón.

—Hay una cafetería decente aquí cerca. Vamos, antes de que te adopten los jubilados del centro cívico.

Y voy. Porque, aunque no quiera admitirlo, me encanta que haya venido. Que me mire así. Que sepa cuándo callar. Y cuándo venir a buscarme pese a que yo no lo pida.



La cafetería es pequeña, con mesitas de madera y manteles de cuadros. Me recuerda a casa de mi tía Encarni, si mi tía Encarni hubiera sido de Bruselas, claro está.

Nos sentamos junto a la ventana. Pido un café con leche. Él, cómo no, un café solo bien cargado.

—¿Tú y el café negro tenéis un pacto de fidelidad o algo? —pregunto.

Me mira sin moverse.

—Es calentito y no me da dolor de cabeza. Básicamente, como tú.

Me atraganto con la galleta.

Claro, Marina, tú sigue tragando indirectas como si galletas de mantequilla se tratasen.

Lo de «calentita» me ha llegado al alma. ¿Eso es un piropo belga? ¿O me lo tomo por el lado que, probablemente, no sea? Mira, que soy muy malpensada, ¿eh?

Que soy calentita, dice.

Calentita.

¿Qué soy, una infusión de manzanilla? ¿Una bolsa de agua caliente de esas que se abrazan en los días malos y se esconden debajo del edredón? Porque, oye, esas bolsas suelen más feas que el culo de un ogro.

Hablamos poco. Pero no es incómodo. Al contrario, estoy muy cómoda con él. Tal vez no pueda decir lo mismo de Mathias, aun así, no me da la impresión de que esté mal. Hace un par de comentarios sarcásticos sobre mi pésima orientación en un pueblo de tres calles y una plaza, como dice él.

Suspiro al oírlo. Me contengo para no preguntarle cosas demasiado íntimas, como si alguna vez le han roto el corazón o si cree en el destino.

¿Y por qué pienso yo en eso ahora?¿Me he golpeado la cabeza o me estoy convirtiendo en una cursi?

Seguro que si se lo digo me responde con algo tipo: «el destino ha sido inventado por Hollywood».

—¿Ha sido muy dura la expedición? —pregunta de pronto, sin mirarme.

—Solo he tenido que esquivar a una señora que vendía bufandas y al cartel de «Clases de zumba para mayores de 60». Nada grave.

Él deja la taza en el platillo con cuidado.

—No es lo mismo salir sola en Cádiz que aquí, es eso, ¿verdad?

Uy, ahora no suena sarcástico ni nada por el estilo. Me está hablando en serio.

Trago saliva antes de contestarle.

—Sí, pero esto tiene su encanto, no te creas. En Cádiz no hay jerséis que pican como estos.

Sonríe. Y yo también.

Me quedo embobada mirando sus dientes blancos, sus labios rosados, las arruguitas tan monas que se le hacen alrededor de los ojos cuando los achica al reír…

«¡Dios, Marina, vuelve a la Tierra ya!».

—¿Sueles rescatar normalmente a chicas con mal sentido de la orientación o me lo puedo tomar como un privilegio?

—Mi madre me tiene amenazado.

Me río. Él no.

Espera, espera… ¿va en serio? Porque yo estoy aquí casi babeando por esa sonrisa que apenas muestra y él… ¿solo evita tener un enfrentamiento con su santa madre?

Le doy un sorbo a mi café, pese a saber que se me va a atragantar. Mathias me mira de reojo. Y sonríe.

—Deja de pensar cosas raras, anda.

Esta vez soy yo quien se queda sin respuesta inmediata.

Y sonrío. De verdad. Y él hace lo mismo.

Las mariposas me invaden por completo. No solo el estómago, no. Toda yo puedo salir volando con el mariposeo que tengo dentro.

Suspiro y me caliento las manos con la taza.

Él no quita la vista de la calle. Y yo no quito la vista de él.

—Gracias —le digo, atrayendo su atención

—¿Por qué? —cuestiona sin mirarme.

—Por no dejarme sola.

Se gira. Me mira. ¡Por fin!

—No ha sido por ti. Ya sabes… mi madre...

—Ya, claro.

Cuando salimos, no hace falta decir nada. Caminamos cerca. A veces nuestros brazos se rozan. Y no me aparto. Él tampoco. Es todo lo que necesito para seguir volando a mi mundo de mariposas de colores.

Nunca pensé que un café con Mathias sería el punto alto de mi semana. Y, sin embargo, aquí estamos.

¿Quién sabe? Quizá mañana me despierte con más ganas de aire y explorar el pueblo. Con suerte, vendrá a buscarme otra vez.

18
Mathias

El sonido de lo que no digo

Han pasado bastantes días desde que Milo se fue. No los cuento, ya no, así me olvido de los pocos que quedan para que llegue. Pero mi madre sí. Me lo recuerda en cada mensaje que me suelta o me envía cada dos por tres, ya esté en casa, en el trabajo o con amigas: «Cuídala, Mathias. No es tan independiente como dice», «No la dejes sola», «Aguanta. Milo llega en unos días».

He de reconocer que no contaba con esto. Pensé que sería incómodo. Molesto incluso. Sin embargo, la realidad ha sido otra.

No es que ahora seamos íntimos ni nada parecido. Pero hay momentos.

Silencios que ya no son incómodos. Miradas que no busco y, aun así, encuentro. Comentarios que me arrancan una sonrisa, aunque la esconda detrás de la taza de café. En fin, momentos…

Después del café en el pueblo, algo cambió entre nosotros. Marina se relajó. Sí, más aún si cabe, sí. Aunque lo sorprendente aquí es que yo también lo hice.

Ahora nos movemos por la casa con cierta naturalidad. No estamos pegados el uno al otro, pero nos buscamos. Los dos los sabemos y no lo evitamos, al menos, yo no lo hago.



Hoy mi madre ha salido temprano. Marina ha desayunado en pijama, con el pelo recogido y los cascos puestos, diciendo que tenía que enviar unos trabajos. Que digo yo… ¿qué tienen que ver los trabajos de la universidad con unos auriculares? Aun así, no voy a preguntarle. Es Marina. Fin de la historia.

Lo que sí me ha sorprendido es que hoy no me ha saludado con su habitual «*morning, grumpy*», solo me ha levantado una ceja con gesto cómplice. He fingido indiferencia. Como siempre. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

El resto del día la casa ha estado en silencio. Y sigue así. No es tan tarde, pero la oscuridad ya se ha instalado en el salón… y en mi cabeza.

Y, como casi cada noche, camino hacia el estudio.

No suelo cerrar la puerta. No me molesta que me escuchen. Me molesta que me miren, porque siento que lo hacen con lástima, pensando todo lo que fui o pude ser y no lo soy.

Y hasta eso lo llevo mejor con Marina, porque desconoce mi pasado, por lo tanto, para ella solo soy un friki que toca el piano.

Y eso es lo que hago. Toco. Dejo que mis dedos fluyan. No busco perfección ni técnica. Nunca lo hago. Ya no. Solo melodía. Algo que me saque esto que no sé nombrar y que últimamente me carcome por dentro.

Empiezo con una progresión sencilla, la de siempre. La que tocaba de niño, casi antes de saber hablar.

Decía mi madre que no sabían si preocuparse o grabarme para el Guinness. Yo, sin embargo, solo recuerdo que el piano era más claro que las personas y que con él me entendía mejor que con nadie.

Improviso. Mezclo estilos. Me dejo llevar, hasta que la escucho.

No es su voz. Está callada. Es tan solo ella.

Su esencia.

El roce sutil de sus pasos sobre la moqueta. Esa respiración pausada y acelerada a la vez. Esa forma sigilosa que tiene de acercarse, sin saber si entrar o salir en dirección contraria.

Miro por el rabillo del ojo, sin dejar de tocar.

Está ahí. En el pasillo. Apoyada en la pared, junto a la puerta.

No levanto la vista. No quiero espantarla. Me desplazo un poco y le dejo espacio en la banqueta, a mi lado.

Soy consciente de que este es un gesto mínimo, y también casi imperceptible, solo espero que lo entienda, que capte la no tan indirecta.

Sin embargo… no se sienta. Aunque tampoco se va.

Continúo tocando…. Y lo hago para ella.

No es una pieza conocida. No es algo que haya ensayado. Es nuevo, que sale de mí. Lo siento melancólico, pero no triste. Desborda sentimientos, unos que no estoy seguro de querer tener, otros, que no sé identificar.

¿Confusión?

Quizá esperanza. Quizá miedo.

Cuando termino, no me muevo. Temo hacerlo. Romper con el instante.

Cierro el teclado con suavidad y me quedo con las manos apoyadas en las piernas, mirando el suelo. Conteniendo las ganas de girarme.

—Ha sido muy bonito —me dice, y detecto en su voz un timbre diferente, una mezcla de pudor, vergüenza, y admiración.

Sonrío, ahora que ella no puede verme el rostro. Después, me recompongo el gesto y me giro.

La miro. Está en la puerta, apoyada sobre el marco.

—Gracias —respondo.

—Nunca te había oído tocar de esa forma. Deberías hacerlo más a menudo, ¿sabes?

—Solo me sale cuando no pienso demasiado.

—Aja. ¿Y eso cómo se hace?

—No sé, solo dejo que salga.

—¿Y es difícil? —pregunta, rompiendo su postura y acercándose un par de pasos a mí.

—Lo difícil no es tocar, es dejar de pensar. ¿Quién sabe? Tal vez eres musa y no te habías dado cuenta.

Ella suelta una carcajada.

—Sí, ya, musa… musa de la discordia —replica, más para ella que para mí. Y sigue riendo, aunque cada vez con menos efusión.

Al poco, baja la mirada y se calla

—¿Por qué empezaste a tocar? —pregunta, tras unos segundos en silencio.

Dudo si responder o no. No me gusta contar eso. Aun así, hay algo en su manera de hablarme, en su postura cómoda más cerca de mí, en la forma en la que me mira con interés y expectación, en cómo me escucha cuando hablo… me empuja. Así de simple.

—Era pequeño. Muy pequeño. Mi madre dice que antes de hablar con la gente ya hablaba con las teclas. Que no sabían si llevarme al médico o al conservatorio.

Ella sonríe, pero no es burla, es admiración. Lo veo en sus ojos.

—¿Y ahora?

—El piano es mi mejor amigo. El que conoce todos mis secretos, todo lo que pasa por mi cabeza. Y, además, es lo único que me calma cuando mi cabeza no se calla.

Asiente, como si me entendiese. Y yo sonrío, complacido. Marina me comprende. Y te aseguro que hay muy poca gente que lo hace.

—¿Y si te dijera que mi cabeza habla más que yo y que oírte tocar me ha calmado a mí también?

La miro, sorprendido por lo que me dice. No me lo esperaba. Siento que me cuesta reaccionar.

Me pienso qué decir. Creo que me pongo hasta nervioso. Increíble pero cierto.

—Te diría que hemos compartido algo… íntimo. Aunque no lo supiéramos.

Y ahí está. Esa sonrisa pequeña, torcida y pícara, que me devuelve algo que no sabía ni que necesitaba.

El silencio se hace en la habitación. No sé ella, pero yo estoy demasiado concentrado en respirar, acallar las voces de mi cabeza y poner del derecho el estómago.

La veo cómo se gira para irse; en el último instante, se vuelve para mirarme.

—Marina… —le advierto.

Tarde.

—Auch… —dice, levantando el pie y agarrándoselo con las manos.

Menudo porrazo.

Mientras hace equilibrio con el pie entre los dedos, casi se cae. Menos mal que tengo buenos reflejos y antes de que dé con el culo en la

moqueta, ya me he levantado y la estoy sosteniendo por la cintura.

Se suelta el pie y apoya las manos en mi pecho. Podría soltarla, pero no lo hago. Me gusta sentirla así. Noto su piel caliente. ¿O soy yo? Quiero decir, soy yo el que está frío, no caliente… no malinterpretemos… O las dos cosas.

No lo sé. Me estoy poniendo nervioso.

Me quedo muy cerca de su cara. Más de lo que nunca lo he estado. Más de lo que es razonable en nuestra situación.

Ella sonríe. Yo no.

Bajo la vista hasta su boca. Trago saliva.

No debería.

No ahora.

«No, Mathias».

Pero la tengo tan cerca que me llega su aliento con sabor a chocolate. Tan cerca que, si no aparto la mirada, voy a hacer algo que no corresponde.

Ella pestañea. Me mira. Creo que sabe lo que me estoy callando.

Mi mano sigue en su cintura. La otra se ha deslizado hasta su espalda. La puedo soltar ya. Podría ayudarla a sentarse, decir algo normal, dejar que se marche... En definitiva, lo que haría cualquier persona en una situación como esta.

No lo hago.

—Que sepas que ha sido aposta.

Su voz me hace salir del bucle en el que me había metido, haciendo que deje de pensar que ella también estaba mirando mi boca justo antes de hablar.

Y yo… yo no sé si reírme, contestar o besarla.

No hago ninguna de las tres cosas. Solo sigo aquí, aguantando, respirando más despacio de lo normal para que no se note que me está temblando algo por dentro.

Entonces, ella se ríe y se aleja un poco de mí. Dejamos de tener contacto.

No puedo evitarlo. Me río. Es puro nerviosismo.

—Te has ganado un asiento la próxima vez —digo, sin pensarlo demasiado, porque si lo hago, saldré corriendo y me encerraré en mi cuarto.

—¿Me lo vas a reservar a tu lado?

¡Dios!

¿Está coqueteando conmigo?

—Depende. ¿Vas a ser mi musa?

—Solo si tú tocas algo inspirado en nosotros.

Frunzo el ceño al escucharla.

—Algo… ¿Cómo qué? —le pregunto, temiendo oír su respuesta. Viniendo de Marina, cualquier cosa es posible.

—¿Qué te parece… *Sonata en Re menor para grumpy y la chica perdida*.

Rompo a reír a carcajadas. Creo que es la primera vez que me da igual que ella esté delante. No sé qué me pasa.

—Hecho.

—Perfecto —añade ella—. Nos vemos mañana, *grumpy*.

No, no quiero que se vaya.

Aunque lo hace.

19
Marina

Demasiado cerca para no sentir nada

No es la primera vez que lo oigo tocar. Ya ha pasado antes. Incluso me dejó sentarme a su lado una vez, tocar un poco. Compartimos una melodía y una banqueta. Fue bonito. Sorprendente. Pero lo de anoche fue distinto.

No fue una pieza cualquiera. Ni una sesión de práctica. Fue como si el piano hablara por él. Como si lo que no se atrevía a decirme se le escapara por las teclas. Y yo lo escuché. Entera. Sin barreras, sin chistes, sin escapatoria.

Y después vino el tropezón y…

Claro. Yo haciendo el ridículo. Como siempre.

Y él, con ese arte para aparecer justo a tiempo, sujetarme por la cintura y quedarse tan pegado que podría haberme contado las pecas con la mirada.

Se me paró el cerebro. Literal.

Solo me funcionaba el cuello… para mirar su boca.

¿Y si me besaba?

¿Y si no?

¿Y si me daba un infarto allí mismo y salía en las noticias como la española que murió de tensión romántica en Bélgica?

No dijo nada. Pero me miró.

Y yo… hice lo de siempre: soltar una estupidez para disimular que estaba a una décima de segundo de lanzarme sobre él.

Y lo peor es que creía que a Mathias le pasaba lo mismo.

Pero ninguno lo hizo.

Nos quedamos ahí.

Como idiotas.

Así que me solté, me recompuse, me reí como si no tuviera el corazón a punto de salírseme por la boca… y me fui.

Porque si me quedaba un poco más, le plantaba un beso que… que… ni en las sombras de Grey.

Y así me dormí, recordando cómo tuve su boca al alcance de la mía y no hice nada para probarla.



Cuando bajo a la cocina, lo encuentro ya allí. En su sitio de siempre. Como si nada. Café en mano. Camiseta gris y el pelo algo revuelto. Parece tan tranquilo que me dan ganas de tirarle la tostadora.

Porque yo no estoy tranquila. Yo sigo con esa música sonando en mi cabeza. Tocándola una y otra vez.

Yo sí que estoy tocada.

—Buenos días —dice, sin levantar mucho la voz.

—Buenos días —contesto, disimulando lo mal que he dormido pensando en lo que pasó anoche.

Se levanta y me da una taza del mueble, porque sabe que no llego bien con mi metro y medio de altura. Ni una palabra más.

Hacemos como que nada ha pasado.

Él sigue desayunando y yo preparándome lo que voy a comer.

Se me cae un trozo de pan al suelo. Me agacho a recogerlo justo cuando él, sin mirar, se agacha también a por algo del armario.

Y pum. Choque de frentes.

—¡Ay! —digo, llevándome la mano a la frente.

—Joder —suelta él, tocándose la suya.

Frunce el ceño.

Nos quedamos ahí, en cuclillas, frente con frente. Literalmente. Y no solo eso. Rodillas casi juntas, torsos demasiado cerca, respiraciones sincronizadas.

Su olor me llega antes que su mirada. Ese olor a ropa recién lavada, a madera… a Mathias. Una combinación suave y absurda que me hace querer cometer estupideces.

—¿Estás bien? —pregunta.

Levanto la vista. Está cerca. Demasiado cerca. Y su voz suena más grave. Más baja. O soy yo. Que ya confundo todo.

—Sí. Ha sido un golpe tonto.

Pero no me muevo. Y él tampoco. Y entonces me roza el brazo con el suyo. Un contacto mínimo. Una chispa.

Y yo… yo me apago y me enciendo a la vez. De manera intermitente. Una y otra vez. Voy a explotar si sigo así.

Rezo para que se aleje, porque si me roza otra vez, se me va a notar que me está llegando hasta el alma.

Nos levantamos de golpe. Ninguno dice nada. Yo corro al baño; él no sé lo que hace.

Una vez dentro, intento acompasar la respiración. Me miro al espejo.

Estoy roja. Sudando. Con el corazón en modo turbo y una pregunta en la boca: ¿cómo se vuelve a la normalidad después de eso?

—Nota: grabar audio sobre la necesidad urgente de buscar tutorial en YouTube sobre qué hacer en estos casos. O tal vez comprarme un traje de apicultora, así no me ve la cara. No se me ocurre otra forma de sobrevivir a este hombre.

Salgo al cabo de unos minutos, con las mejillas menos coloradas y el descontrol de mi cuerpo más o menos disimulado. Él está en el salón, con un libro en la mano y, ¡maldita sea!, odio esa postura de pasota de la vida, como que no pasa nada. PERO PASA TODO, ¿SABES?

—¿Te has puesto hielo? —me pregunta, sin levantar la vista del libro.

—¿Dónde?

Al oírme, cierra el libro y me mira.

—En la frente, Marina. Donde nos hemos dado el cabezazo. —Se señala la suya.

—Ah. No. Me he limitado a sufrir estoicamente. ¿Y tú?

—Sí. Soy más responsable que tú.

—Vaya, el músico responsable. Qué concepto más contradictorio.

Él sonríe un poquito. Una milésima de segundo. Lo suficiente para que yo quiera grabarlo y ponerlo de fondo de pantalla. Vuelve la atención a la lectura, que acaba de abrir sobre sus rodillas de nuevo.

Yo me quedo como un pasmarote, plantada en medio de la sala sin saber qué hacer.

—¿Vas a salir hoy? —me dice, mirándome por encima del libro.

—No sé. No soy de las que planifican.

—Hace buen día —añade, tan escueto como siempre.

—Gracias, Siri.

Juro que pensaba darme la vuelta, pero ha empezado a reír al oírme y yo… yo siento esa risa justo en el estómago.

Me quedo paralizaba observándolo.

Necesito salir. Lo sé, pero no lo hago.

Respirar.

Caminar hasta que se me pasen las ganas de decirle que deje de ser tan… tan… tan él.



Salgo. Doy vueltas por el pueblo. Paso por la plaza, por el bar de siempre, por la fuente. Todo está igual. Todo menos yo.

Y ahora no sé qué hacer con eso.

No es amor. No. No. No… todavía. Pero tampoco es lo otro. No es indiferencia, ni atracción pasajera. Es una cosita que me toca por dentro. Que me confunde.

Cuando vuelvo, él sigue en casa. Hoy no ha ido a buscarme.

Está en la cocina. Desde la entrada huelo la comida. Al entrar en la cocina, la pasta humea. Me sorprendo cuando veo que hay dos platos. Dos copas.

—¿Has comido? —me pregunta.

—¿Y tú? —respondo a la vez que niego con la cabeza.

—He hecho para los dos.

Así. Sin florituras. Entiendo que con eso me está invitando a comer con él.

Cenamos juntos. Tenemos poca conversación, aunque el silencio es bastante cómodo. Al menos, para mí. Compartimos los espaguetis y yo me siento de repente como en la peli de La dama y el vagabundo, pero

sin ser perros, chocar nuestras bocas y, por supuesto, yo no tengo mucho de damita ni Mathias de vagabundo.

Ahora que lo pienso, no se parece en nada a la peli.

Después de recoger todo, nos quedamos en el salón. Cada uno en su sitio, juntos pero no revueltos.

—¿Hoy no tocas? —le pregunto, tras un rato haciendo *zapping*.

—¿Quieres que toque?

Silencio.

Quiero. Claro que quiero. Y que lo haga conmigo, para mí. Aunque si lo hace, probablemente, se me va a ver el plumero. Me encanta verlo en el piano.

—No. Solo preguntaba —miento.

20
Mathias

Noche sin luz y con verdad

Mis padres han salido a cenar. Es su aniversario. Van a un restaurante en el pueblo de al lado. Nos lo han dicho con esa sonrisa que tienen las parejas que todavía se buscan.

—Quedaos tranquilos. No volveremos muy tarde.

Por mí no hay problema. Me gusta estar solo. O, en su defecto, con Marina. Además, no esperaba una velada en familia.

Estoy en el salón, sin libro ni televisión. La cabeza ya me hace suficiente ruido como para incrementarlo más. Marina está en su cuarto, supongo que grabando algo o hablando con su familia. Se le escapan carcajadas suaves y alguna frase suelta. No intento entender qué dice.

Aunque me cuesta no hacerlo.

Entonces, se apaga todo.

Luz. Calefacción. Nevera. Oscuridad en un segundo.

—¡¿Mathias?!

—¡Aquí!

La escucho bajando las escaleras, maldiciendo por el camino y, después, andar hacia el salón. Entra con cuidado y los golpes que se oyen me dan a entender que está tanteando la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Un corte eléctrico. Parece que ha sido en todo el pueblo.

—Y eso ¿pasa mucho por aquí?

—Más de lo que crees.

—Qué emoción —suelta sarcástica—. ¿Dónde están las velas? ¿Improvisamos con faroles y antorchas?

—No, no lo hacemos —replico—. Están en la alacena. Segunda balda junto a los rollos de papel higiénico y…

—Me flipa tu dominio del kit de emergencias. ¿Tienes bengalas también?

Resoplo. Y pese a que no puedo verla, la oigo reír mientras el sonido de sus pasos se va alejando. Al rato, vuelve con tres velas. Enciende una con las cerillas que yo he ido a buscar a la cocina, luego otra. La tercera se la queda entre las manos.

Se sienta en el sofá. Cerca de mí. Más de lo habitual.

No dice nada al principio. Yo tampoco.

—Nunca había visto una casa tan silenciosa —murmura al rato.

—Solía serlo.

—Hasta que llegué yo.

—Exacto.

Sonríe. Lo noto, aunque no la mire. Como si se apuntara el mérito de haberle arrancado algo al silencio. Y, tal vez, lo haya hecho, solo que no ha sido al de esta casa.

—¿Qué haces cuando se va la luz?

—Nada. Espero. O leo con una linterna.

—¿Y ahora?

—Ahora hay velas. Y también estás tú.

Asiente. Se recuesta, con los pies bajo los muslos. La vela le ilumina parte del rostro. El resto se intuye.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya la has hecho.

Se ríe.

—Otra.

—Adelante.

—¿Por qué dejaste de tocar?

Suspiro. Lo cierto es que me lo esperaba. No la pregunta exacta, pero sí que llegaría el momento. Lleva días con esa inquietud. Se le nota. Lo he visto en cómo me mira cuando estoy en el estudio. En cómo escucha. Como si buscara más que música.

—¿Quién te ha dicho que dejé de tocar?

—Nadie. Pero lo haces como si lo echaras de menos. Y como si no quisieras que nadie lo viera.

Tiene razón. Me sorprende que lo haya visto con tanta claridad.

—Porque tocar me hacía feliz. Hasta que dejó de hacerlo o eso creí. Y no supe verlo hasta que fue demasiado tarde.

No le cambia la expresión al escucharme, pero algo en sus hombros se afloja. Creo que le confirma lo que ya intuía.

—¿Te forzaron a tocar?

—No. Me ofrecieron oportunidades. Las cogí, porque quería. Luego, resultó que me pesaban más de lo que valían. O eso creí.

—¿Oportunidades tipo...?

—Giras. Concursos. Público. Becas. Viajes.

Se queda quieta. Lo está procesando.

—¿Hacías giras?

—Sí.

—Pero giras de verdad. De salir en carteles y todo.

—Sí.

—¿Eras famoso?

—Depende de a quién le preguntes.

—¿Hay vídeos tuyos tocando con cara intensa y smoking?

—Es posible, aun así, mejor no los busques.

—¿Estás de coña? Es lo primero que voy a hacer en cuanto vuelva la luz, porque no tengo batería en el móvil, de lo contrario, ya estaría investigando en YouTube.

La noto divertida, pero no se está riendo de mí. Le fascina, porque no se lo esperaba. Casi nadie lo hace. Y eso que solo sabe una parte muy pequeña de lo que fue mi infancia como niño prodigio.

—¿Y por qué lo dejaste? ¿Tan malo fue?

—No fue malo. Fue... mucho. Todo el rato. Para todos.

—¿Para todos?

—Cuando eres bueno en algo desde niño, todo el mundo espera que seas mejor cada vez. Que no te canses. Que no falles. Y yo me cansé.

Se queda en silencio. Y yo también, porque aún me cuesta reconocer que no me cansé, me hicieron elegir y lo hice. Mal, pero lo hice.

Ahora lo sé.

Ahora que ya es tarde.

—Yo no soy buena en nada —dice, sin dramatismo.

—No hace falta serlo. Aunque te diré que todos somos buenos en algo, solo hay que descubrirlo.

—Ya. Pero debe de dar gustito que te aplaudan y eso.

—A veces. Otras no tanto.

—Bueno, a mí no me aplauden, aunque mis amigas me graban. ¿Eso cuenta?

—Depende. ¿Te hace feliz?

—La mayoría de las veces. Cuando no ha sido borracha haciendo alguna payasa de la que me arrepiento antes de terminar de verme.

—Entonces sí, cuenta.

Se ríe. Pero la risa le sale más bajita.

—No tengo un trauma que contar, ¿sabes?

—No lo esperaba tampoco.

—Lo digo porque sueno muy poco profunda. Aunque, en realidad..., soy intensa. Solo que soy intensa desordenada.

—¿Y eso cómo se lleva?

—Fatal. —Se echa a reír y me contagia su alegría.

—¿Y cómo te llevas contigo misma?

—Uy, nos ponemos filosóficos. —La miro y pienso que me he metido la pata—. Me encanta —suelta y se frota las manos en señal de aprobación—. A ratos bien. A ratos no sé quién soy. A veces me da miedo dejar de hablar y escuchar todo lo que tengo dentro.

Trago saliva. Lo entiendo. Lo mío es al revés. Yo hablo poco porque escucharme es lo único que sé hacer, pese a que últimamente lo evito demasiado.

—¿Te sientes sola? —pregunto.

—No. Bueno, antes sí. Pero si te refieres a aquí... contigo... No sé. Me siento bien. Me gusta tu compañía, *grumpy*.

No digo nada.

Solo sonrío.

Ella sigue con la vela entre las manos. Se gira un poco. Está más cerca. No sabe lo que me provoca cuando se aproxima, de lo contrario,

no lo haría.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —Me he quedado en blanco.

—¿Te sientes solo?

—No cuando estás tú.

¡Mierda! Se me escapó.

Marina levanta la mirada. Y en ese segundo, lo ha entendido todo.

No hay más que decir.

—Eres un peligro en la oscuridad, Mathias.

—Tú también, Marina.

Y entonces, sin darnos cuenta, estamos muy cerca. Casi, casi lo suficiente…

Si alargo el brazo.

Si me inclino…

La vela se consume.

Marina se levanta y se estira.

—Voy a buscar otra antes de que esto se vuelva más triste que un videoclip de Alex Ubago.

—No te muevas. Hay más en la cocina. ¿Traes mantas?

—Perfecto.

Va hacia la puerta y se gira antes de salir.

—Por cierto.

—¿Qué?

—Cuando vuelva la luz... sigue tocando, por favor.

21
Marina

Esto parece una cita (y yo en pijama)

Anoche estuvimos demasiado cerca. Y no hablo del sofá, ni de la vela, ni de la frase esa que me soltó como quien no quiere la cosa: «No cuando estás tú». Hablo de ese espacio invisible que normalmente se interpone entre dos personas para evitar el desastre o, al menos, el *supuesto* desastre. Ese espacio ya no existe. Y yo no sé si me he metido en una comedia romántica o en una trampa con forma de hombre callado.

Me despierto pronto. Por inercia. Y porque el corazón aún no ha vuelto a su ritmo de siempre. Sigo dando vueltas a lo que pasó. A lo que no pasó. A cómo se me encoge el estómago cada vez que me acuerdo de su voz en la oscuridad.

Cuando bajo a la cocina, está allí. Otra vez. Y no se inmuta. Tiene una sartén al fuego, pan tostado y un bol con fruta cortada. Huele a café. Y él... Maldita sea. Él también huele muy bien.

—Buenas —dice, como si nada.

—Buenas —respondo, como si no llevara media noche imaginando esa voz diciendo cualquier otra cosa. Menos formal y más guarrona...

Me acerco. Me siento. No muy cerca. Tampoco en el otro extremo. A ver si se va a pensar que huele mal o tiene la lepra.

Nada más plantar el culo en el asiento, me doy cuenta del detalle: dos platos. Dos tazas. Dos servilletas y un plato con tostadas con mantequilla y mermelada de fresa.

—¿Has hecho esto tú?

—No, ha sido el gato que no tenemos.

Me río… por fuera. Por dentro grito. Grito a plena voz. Porque esto no es solo un desayuno. Es un detalle. Es… ¡Ay, que me lo como! A Mathias, digo. Al desayuno también, por supuesto.

—¿Celebramos algo y no me he enterado?

—La vuelta de la electricidad, supongo.

Levanta la vista de su plato, que acaba de terminar de preparar, y sonríe. Un segundo. Pero uno muy largo.

Comemos en silencio.

Y yo empiezo a agobiarme. Porque cada bocado se me atraganta un poco con lo que no estoy diciendo.

Esto se siente demasiado íntimo. Demasiado cercano. Demasiado como una escena que he visto en pelis donde luego hay beso, cama y emociones a flor de piel.

Y yo solo tengo lo último. Solo me falta lo demás. Casi nada.

Miro a Mathias. Está tranquilamente cortando su pan. Como si no acabara de hacerme sentir que compartimos algo más que techo.

—Si esto no es una cita, que alguien me devuelva el corazón.

Él para de cortar. Me mira. No dice nada.

—Eso… ¿lo he dicho en voz alta? —pregunto.

—Sí.

Maravilloso, oye.

Yo quería pensarlo, no soltarlo. Seré mema.

—Qué bien. Qué maravilla ser yo misma sin filtro ni control.

Se ríe. Y, pese a que me gusta escucharlo cuando lo hace, ahora lo único que me genera son ganas de pegarle un tostazo. O un beso. O las dos cosas.

—No lo he dicho para que te sientas presionado —añado, intentando arreglar el desaguisado que yo sola he montado—. Solo... lo he pensado y se me ha salido.

—¿Sueles decir lo que piensas?

—Solo cuando no debo.

—Entonces no ha pasado nada.

Silencio. Y otra vez esa tensión entre nosotros, esa corriente que pasa por debajo de la mesa, como un cable sin aislar que va dando latigazos a todo lo que encuentra, en especial, a mí.

Él toma un sorbo de café.

Y yo intento no mirarle los labios.

Fracaso estrepitosamente.

—¿Por qué me has preparado el desayuno como… como si esto fuera algo? —pregunto, sin tacto. Pero es que necesito respuestas o explotaré.

Tictac, tictac…

—Porque tienes hambre. Y estás aquí. Sola. Conmigo.

—Podría habérmelas apañado, como cualquier otro día.

—Lo sé.

Mierda. No sé si eso es una frase bonita o una forma muy elegante de decir «te cuido sin querer que lo sepas». No se me da bien entender a los tíos. Y este, menos.

—¿Lo haces con todas tus invitadas? —pregunto, picando. Quiero conseguir que me diga algo más. Que no se quede a la mitad y me deje pensando todo el día… y toda la noche. Mathias y sus incógnitas.

—No tengo muchas invitadas.

—Qué pena. Esto se merece público.

—Tú eres el público.

Y me mira. Y yo me muero un poco.

Entonces baja la vista, se concentra en su comida y yo aprovecho para tragar saliva.

—¿Tú sabes lo raro que es todo esto?

—¿El qué?

—Estar en pijama, comiendo contigo, hablando como si esto fuera... normal.

—¿Y no lo es?

—No sé. A mí me huele a escena de esas que preceden a un cambio de capítulo. Tú lees bastante, estoy segura de que sabes a qué me refiero.

No dice nada. Sin embargo, yo sé que me ha entendido, porque de repente se tensa un poco. Es como si ahora no tuviese claro si quiere pasar la página y leer el siguiente capítulo o quedarse anclado en la duda del que está leyendo.

Y yo... yo quiero que avance.

22
Mathias

En manos de otro

Desayunamos en pijama. Otra vez. Y, aun así, cada vez es distinto.

Hoy Marina está más callada. Se le escapan algunas sonrisas pequeñas que no busca esconder. Sobre todo, cuando se remueve el pelo de la cara con el dorso de la mano. Cuando se chupa el pulgar tras probar la comida. Cuando me mira sin darse cuenta o pensando que soy yo quien no se ha dado cuenta.

Escuchamos el coche al mismo tiempo.

Motor apagado. Portón del maletero. Voces. Una más alta que el resto. Con risa de fondo.

Marina se endereza.

—¿Tu hermano?

Asiento.

—Sí. Parece que Milo ya está aquí.

¿En serio han pasado ya quince días? Tendría que haber llevado la cuenta, así no me habría cogido tan de sorpresa su regreso.

Ella deja la taza a medio tomar y se levanta.

Yo no. Yo me entretengo en recoger los platos. En enjuagar la cafetera. Tardo más de la cuenta. No sé por qué.

O sí.

Cuando salgo al recibidor, ya están todos allí.

Milo está en el centro, con la mochila aún colgada, el jersey arrugado y la sonrisa intacta. Mis padres lo rodean. Mi madre habla sin parar, le toca la cara, lo regaña por no haber avisado de la hora exacta a la que volvía, porque querían ir a buscarlo. Él comenta que ha venido compartiendo coche con un chico que ha conocido en el retiro y que se han hecho muy amigos.

Tras un rato de saludos, la casa empieza a volver a la normalidad, si es que puede llamarse así.

Mi padre le da un abrazo corto a mi hermano y dice algo sobre que debe marcharse ya porque tiene una reunión con un cliente. Se cruza conmigo y me da una palmada en el hombro antes de desaparecer por el pasillo.

Y Marina, a mi lado. Sonríe. No forma parte del reencuentro, pero tampoco está al margen. Tiene un gesto entre expectante y divertida.

—¡Marina! —dice Milo, al verla de frente—. ¡Sigues viva!

—De milagro —responde ella riendo—. Tu hermano no me ha matado. Solo me ha hecho comer lentejas.

—¡Uf! Lentejas, peligro. Pero buenas.

—Sí, ya sabes. Yo soy fuerte y sobrevivo ante el peligro.

—Tú hablas mucho. No tiempo para morir.

Ella se ríe a carcajadas. Y él también.

Y yo, de pie junto a la puerta, los observo.

Milo se gira hacia mí.

—Hermano serio.

—Milo —respondo.

Nos damos un abrazo corto.

—¿Todo bien? —le pregunto.

Milo se me queda mirando, ladeando la cabeza con una ceja arqueada.

—¿Tú hablas español ahora? —pregunta en tono burlón—. ¿Qué ha pasado con mi hermano?

—Cambio de plan.

—Ajá… cambio de plan, dice. —Se ríe.

—Sí, ya hablaremos de eso. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Silencio. Montaña. Gente loca. Yo tranquilo. —Milo habla en español, supongo que para no excluir a Marina. Total, sabe que yo lo voy a entender igual.

—Y ahora ¿qué vas a hacer?

—Ahora quiero pan. Y café. ¿Hay?

—Sí —digo.

Marina suelta una carcajada bajita, se nota que está contenta con la vuelta de mi hermano, y, tras decirle que ella aún está desayunando, se va directa a la cocina

—Cambio de planes, ¿eh?

Milo me da un codazo en el brazo, como quien acaba de descubrir un secreto. Mi secreto.

23
Marina

No pasó nada… ¿o sí?

Me he despertado tres veces en mitad de la noche y ninguna tenía sentido. Una porque soñaba que Mathias me gritaba en neerlandés desde un piano volador. Otra porque pensaba que se me había olvidado entregar una práctica (spoiler: no tengo prácticas). Y la tercera porque el gato de la vecina maullaba como un bebé con afonía.

El caso es que no he dormido bien. El café me ha salido aguado y la tostada la he quemado. Hoy todo me sabe raro. Y no porque haya pasado algo. Al contrario.

No ha pasado nada. Y, sin embargo, ha pasado todo.

Milo ha vuelto y con él parece que todo se coloca en su sitio. O al que se supone que es su sitio. Como si yo fuese una pieza de más en un puzle que nadie sabe de qué va.

Intento no pensarlo mientras recojo los platos del almuerzo. Milo y Mathias siguen en la terraza. Bueno, Mathias más bien observa. Tiene esa cara suya de «no estoy escuchando» mientras en realidad lo oye todo. Más o menos como la que me ponía a mí cuando yo intentaba comunicarme de manera pésima antes de saber que él entendía todo, todito, todo lo que yo decía.

Los padres han salido a pasar el día fuera. Lo mencionaron esta mañana entre risas y planes: que si picnic, que si mercadillo, que si alargar la celebración del aniversario. ¿Cuántos días celebran aquí los aniversarios? En mi tierra solo se hace uno, y si tienes suerte y tu pareja se acuerda. Me ofrecieron ir con ellos, pero dije que no. No por borde, sino porque no me gusta hacer de sujetavelas. Ya sabes...

Preferí quedarme. Y Milo también, aunque creo que por razones distintas. A él se le nota que ha echado de menos su casa, su entorno… y a su hermano.

Me asomo a la terraza con el trapo aún en la mano. Los veo. Mathias está en una esquina, más en las sombras que al sol. Milo habla sin parar. Del retiro, de las caminatas, de un tipo que le enseñó a meditar con piedras calientes en los sobacos... No sé si es verdad o si se lo está inventando sobre la marcha, pero me hace reír.

Me ve y me llama con la mano. Me siento en el escalón, manteniendo las distancias. Milo me lanza una uva. Me da en la frente.

—No estoy oxidada, estoy en pausa —le digo mientras me la como.

Mathias sonríe. Lo pillo. Rápido. Y se le borra tan pronto que me dan ganas de decirle que lo repita.

—¿Tú aquí todo el tiempo, Marina? —pregunta Milo de pronto.

Asiento.

—Bueno, he salido. Lo típico en estos casos. Ah, y voy a la universidad, no te creas…

—Oh. ¿Y cómo aguantar a este? —Señala a su hermano con el pulgar.

Yo me encojo de hombros.

—No fue tan difícil. Al final le coges el truco. Y entiendes sus manías.

—¿Manías?

—Sí, ya sabes, como que le gusta almorzar en silencio. Tocar con la puerta medio abierta. Ve pelis en versión original y sin subtítulos.

Milo abre mucho los ojos.

—¿En serio? ¡Tú tocar con puerta abierta!

Mathias no dice nada, tan solo se le escapa esa mueca tan suya. Esa que, en su idioma, equivale a una confesión. A un MEA CULPA en letras mayúsculas.

—Wow. Esto es grave. Tú gustar mucho a Marina.

Me atraganto con la uva. Casi me ahogo. Me río. Aunque en realidad me quiero esconder.

Mathias se levanta sin decir palabra. No nos mira. Entra en casa.

Milo levanta las cejas como si dijera "lo sabía" y se encoge de hombros.

—Ups.

Paso el resto de la tarde entre platos, excusas y pensamientos en bucle. Milo no deja de hablar. Me hace preguntas raras, tipo si creo en los duendes energéticos o si alguna vez he sentido que una piedra me ha guiado hasta una decisión importante. Le digo que una piedra no, aunque estoy en Bélgica por las albóndigas de la universidad, así que… Bueno, son redondas, al menos.

Más tarde, cuando estoy en la parte trasera de la casa, en el jardín buscando el sol como un caracol en primavera, Milo se me acerca con un paquete de patatas.

—Pregunta seria —dice, nada más llegar e interrumpiendo mi intento absurdo de tomar el sol.

—Dispara —le indico, mirando por el rabillo del ojo antes de volver a concentrarme en no perder un hilito de sol. Para una vez que hace bien tiempo.

—¿Pasar algo tú y Mat?

Mi cerebro se queda en blanco.

¿Qué? ¿Cómo?

¿Algo? ¿Algo como qué?

Porque no, no pasó nada. Y, sin embargo… pasó todo.

Podría contarle lo del piano. Lo de las velas. Lo del desayuno que parecía una cita. El roce. Las frases que se nos escapan sin filtro. Las miradas que se alargan más de la cuenta. Los silencios que se llenan con todo lo que no decimos.

Pero no digo nada de eso.

—Nada grave —miento, rascándome la ceja como si eso ayudara—. Todo tranquilo.

24
Mathias

El piano calla, yo también

Vuelvo a mis rutinas como si fuese sencillo, fingiendo que no me está costando la vida hacer las cosas sin la presencia constante de Marina revoloteando a mi alrededor.

Me levanto temprano. Hago café. Subo al estudio. Abro el piano. Y lo cierro otra vez.

Milo lo nota. Mi madre también. Marina… no lo sé. Últimamente está más callada, o más risueña, según con quién hable. Pero conmigo, nada.

No estamos peleados. No ha pasado nada concreto. Aun así, todo es diferente.

Evito coincidir con ella en el desayuno. Me encierro en el estudio cuando escucho sus pasos. Digo que tengo cosas que hacer. Es mentira, no las tengo.

El piano está mudo. Y yo frustrado.

Miro las teclas como si las viese por primera vez.

Milo entra sin llamar. Como siempre ha hecho desde pequeño.

—¿Tú y Marina os llevabais así antes de que yo llegara? Porque mamá opina que no. Que ahora estás raro.

Me tenso.

—¿Así cómo?

—Como si fueseis dos desconocidos. —Frunzo el ceño y bajo la mirada—. ¿Qué pasa, Mat?

—No pasa nada —contesto demasiado rápido.

—No he dicho que pase algo. Pero me he ido quince días, no diez años. Tal vez si papá y mamá no me hubiesen dicho nada, ni me habría dado cuenta, porque antes de irme ya eras un borde con ella… pero si ellos dicen que has cambiado, me lo creo. ¿Qué digo? ¡Le hablas en español! Así que... ¿qué pasa? ¿Es por mí? ¿Es por ella? ¿Es por ti y tu absurdo trauma con los Erasmus?

Intento no pestañear. Como si no me hubiera afectado. Pero lo ha hecho.

—No es asunto tuyo, Milo.

—¿Tú te crees que no se nota? —insiste—. De verdad, no hay quien os entienda. Ella te mira como si esperase algo de ti. Y tú… ni siquiera la miras a ella. Y antes... era distinto. Es cierto, no la mirabas, pero tu actitud era otra. No sé explicarlo. No es como ahora.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Nada. Solo que te aclares y te comportes como el adulto que eres.

—Vaya, sí que te ha cambiado el retiro… —suelto con sorna.

—Déjate de historias. Ella no tiene la culpa de que tú sigas atrapado en tu propia cabeza. Si te interesa Marina… muévete. Nadie espera

eternamente. Y, mucho menos, a un gruñón como tú.

—No es asunto tuyo, Milo —le indico.

—Bueno, menudo carácter. Al final sí que va a ser verdad eso de que ha pasado algo. —Lo miro más ceñudo aún—. Vale. No insisto. Pero si en algún momento quieres hablar…

Hace un gesto con la mano señalándose, y se va.

—No es asunto tuyo, Milo —repito en voz baja, pese a que él ya se ha ido y no puede oírme—. Ni tuyo ni de nadie. Ni siquiera mío, a veces.

Estoy fingiendo que busco algo en un armario, cuando mi madre me intercepta en la cocina.

—Mathias —dice, sin adornos, abrazos o cualquier otra floritura que siempre hace cuando se acerca a nosotros—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y con Marina?

—No hay nada con Marina.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Me giro. No tiene cara de madre entrometida. Tiene cara de madre preocupada. De las de verdad. Sostiene una cuchara de madera y la gira despacio en el aire.

No sé qué decirle. O no quiero decirlo. O no puedo.

Me voy. No puedo con esto. Es acoso y derribo contra mí.

¿Acaso no pueden dejarme tranquilo?

Paso el día esquivando estancias. No piso el salón si está ella. No cruzo la cocina si escucho su voz. No bajo al estudio si huelo su perfume.

Cuando sube a ducharse, bajo rápido a por un libro que dejé en la mesa.

Lo encuentro. Pero también encuentro una servilleta.

Una de las suyas.

Tiene un dibujo. Nuestro desayuno. Dos tazas. Una tostada mordida. Y su letra, pequeña y torcida:

«Si esto no era una cita, que alguien me devuelva el corazón».

Me quedo quieto.

Siento algo en el estómago.

No es hambre. No es dolor. Es algo... peor.

Guardo la servilleta en el libro. Y me la llevo.

Por la noche, todos están en sus cosas. Milo pone música en su cuarto. Mis padres ven algo en la tele. Marina no aparece.

Vuelvo al estudio.

Abro el piano.

Toco.

Por primera vez en días.

No dejo la puerta entreabierta. No porque no quiera que escuche. Sino porque esta vez… quiero que sea solo para mí.

Y suena distinto. Más denso. Más lento. Como si las notas tuvieran peso, el mismo que siento yo.

Cada vez que pulso una tecla, sé que no hay música que me salve de esto. Del vacío. De la rabia muda. Del deseo de volver atrás y no poder.

Del ruido que no puedo apagar.

25
Marina

El niño prodigio

Hay una diferencia sutil entre que alguien no te mire y que alguien te esquive. Lo sé porque lo estoy viviendo en primera persona. Y Mathias no solo ha dejado de mirarme, es que calcula los ángulos para no coincidir ni en el reflejo del microondas.

No sé si he hecho algo. Si he dicho algo. O si, simplemente, me lo he inventado todo y me he vuelto idiota. Tampoco sería tan raro. En eso tengo experiencia: en proyectar lo que quiero ver, hasta que la realidad me da con una bandeja en la cara. Metáfora literal si contamos los dos años que trabajé de camarera.

Estoy en mi habitación, con el portátil en las piernas, fingiendo que avanzo con un trabajo para la uni, cuando Milo entra sin avisar. Me trae una manzana. No sé si es un gesto amable o si intenta sobornarme con fruta para que hable. Este chico tiene una energía rarísima, como si en cualquier momento fuese a sacarse una capa de mago de debajo de la camiseta.

Lo que pasa es que no me había dado cuenta hasta ahora, porque solo habíamos interactuado por la pantalla y apenas unas horas antes de que se marchara.

—¿Tú estás bien? —pregunta con ese acento que a veces se le traba y otras parece inventado.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque tú y Mathias… raros. Yo fui poco tiempo, ¿eh? Pero antes... había otra cosa. No sé. Ahora… silencio feo. ¿Tú sabes por qué?

Niego. Porque no sé qué decir. Porque decir «no» es más fácil que admitir que me siento aún más intrusa que cuando llegué. Que no quiero salir del cuarto y no es por el frío ni por el idioma, como me pasaba hace veinte días.

Milo se sienta en la alfombra, con las piernas dobladas como si estuviésemos a punto de jugar a las cartas. Me mira.

—¿Él contar por qué no toca en público?

Abro los ojos.

—¿En público…? —repito, como si estuviese en otro mundo y acabase de bajar a la Tierra—. Bueno, me dijo algo, pero pensé que era broma. Lo de que era concertista y eso…

Milo frunce el ceño, como si le costara encontrar las palabras.

—No broma. Mathias… muy joven, tocaba en muchos sitios. Europa, Asia. Giras. Público, prensa, todo eso. Niño prodigio, creo que se dice.

—¿En serio? —parpadeo—. ¿Mathias? ¿El que no soporta que lo escuchen?

—El mismo. Pero paró. Por chica. Amor. —Hace un gesto vago con la mano—. Él dejó todo. Piano también. Quería vida normal. Casa, rutina, estar con ella. Pero… ella no entendía.

Me quedo en silencio, procesando.

—¿No entendía qué?

—Su vida. Viajes. Fama. Él cambió todo. Y ella… con otro.

—¿Otro?

—Sí. Erasmus. —Baja la voz, como si le diera pena por su hermano —. Desde entonces, Mathias no quiere saber nada de Erasmus.

—Vaya con Mathias… —susurro.

—Ya sabes… a veces no aparentamos lo que somos.

Y justo ahí me llega la respuesta.

¡Claro que sí, Marina! Ahí está el quid de la cuestión.

—Entonces… ¿Mathias tiene novia?

Me doy una colleja mental nada más preguntarlo. Pero es que necesito saberlo. Y está claro que el susodicho no va a soltar prenda. Total, para él debo tener el mismo encanto que el jarrón de la entrada.

—No, no. Eso hace un año. Pero… no se olvida fácil.

Milo se rasca la nuca, mira al techo, suspira. Yo me quedo callada.

No sé qué decir, salvo «Qué bien. No tiene novia», mientras mi otro yo, la imaginaria que vive en el mundo de luz y color, baila la conga en mi cabeza con serpentinas en el cuello y una copa de champán en la mano.

—Él culpa música. Pensó que, por ser músico, ella se fue. Que su vida era demasiado. Dejó de tocar. Dejó todo. Pero eso no fue justo. No fue culpa de la música. Solo… pasa.

—Pero él sí toca…

—Sí, ahora toca un poco. Vuelve de nuevo. Solo cuando piensa que nadie escucha. Es diferente. No es concierto. Es… solo él y piano.

Me duele. Aunque no tengo derecho.

—Vale —susurro—. Gracias por contármelo.

—No decir a él. Igual se enfada. Ya sabes cómo es.

Asiento. Sonrío. Pero por dentro se me remueven cosas. Muchas cosas.

No solo por lo que hizo él, sino por lo que dejó de hacer por miedo.

Y ahora lo entiendo todo. Las puertas entreabiertas. Los silencios. La forma en que toca cuando cree que nadie lo escucha.

No es por mí. No es que no le importe. Es que no quiere volver a romperse.

Y yo tampoco.

Pero si no rompemos el miedo..., ¿qué nos queda?

Silencio. Y un piano mudo.

26
Mathias

Querer y sentir no es lo mismo

Hoy no está la taza azul en la encimera. Tampoco la servilleta con dibujos ni los cascos tirados sobre la mesa. Solo el silencio. Ese que pesa más cuando sabes lo que falta. Y yo lo sé, vaya si lo sé.

Milo cruza el salón con un vaso de leche en la mano y el pelo revuelto. Ni se molesta en peinarse desde que volvió. A veces me pregunto si es que en el retiro le han enseñado, además de a meditar, a ser un poquito guarrete. Lo miro casi desaprobando sus pintas. Bueno, casi no, me parece que va de dejado de la vida, a ver si se espabila ya. Me lanza una mirada rápida al ver mi gesto.

—No ha bajado, por si te lo preguntas.

No respondo. Solo asiento. Como si no me importara. Como si no llevara días contando sus ausencias en detalles minúsculos que no voy a enumerar, básicamente, porque ya lo he hecho.

Mi madre pasa detrás de mí y deja una bolsa sobre la mesa. Está de buen humor, aun así, no dice nada. Agradezco ese tipo de tacto. El de quien sabe que si empuja, solo consigue que uno se encierre más.

—Vamos a comer fuera —dice mi padre al pasar por el recibidor—. Vamos con Luc y Marise. Volveremos tarde.

—Disfrutad —respondo.

Él se detiene. Me mira un segundo más de lo necesario y suelta:

—Creí que ya habías aprendido a no dejar escapar lo que importa.

No sé si habla de Marina. O de otra cosa. Pero no pregunto. Es lo mejor.

Paso el resto del día saltando de habitación en habitación. Sí, estoy evitándola, por si alguien no se ha percatado aún. O quizá evitándome a mí mismo. Que llegados a este punto, hasta yo tengo mis dudas.

Me cruzo con Milo una vez más.

—¿Tienes miedo de hablar con ella o qué? —me suelta, sin rodeos.

—Está ocupada. Siempre lo está.

Eso no me lo creo ni yo. Marina siempre está deambulando de aquí para allá, mariposeando, como dice ella. O bien es una estudiante excelente y no necesita ampliar ni hacer nada en casa, o es pésima y por eso ni se esfuerza en perder el tiempo para mejorar.

—Claro. Y tú estás ciego.

Sigue su camino sin mirarme ni una sola vez más. Yo frunzo los labios y me toco la barbilla. Casi puedo sentir la piedra invisible que me ha lanzado a la cara.



Al atardecer, bajo al pueblo. Necesito aire. Camino sin rumbo, con las manos en los bolsillos y la cabeza llena de demasiados pensamientos y me temo que ninguno es bueno. Me detengo frente a la librería, que está cerrada. Luego, en el escaparate de la panadería, que también está cerrada. Sin motivo. Solo porque no quiero volver todavía.

Y por fin la veo.

Está en una terraza, en la esquina de la plaza, con tres chicas. Ninguna parece de por aquí. Afino el oído y me percato de que hablan entre ellas con una mezcla de español improvisado y otras lenguas que reconozco por el ritmo, expresiones y palabras sueltas: son italianas y francesas. Vamos, erasmus como ella.

Marina se ríe de algo y echa la cabeza hacia atrás. Lleva una coleta mal hecha, tan típico en ella. Y una sudadera que no es suya. Es mía. Se la presté una noche que estábamos viendo una película en el sofá y tenía frío, y no me la devolvió.

No me importa. Para nada…

Hace un gesto con las manos. Las chicas se ríen más. Una le traduce algo al oído y Marina responde como puede, en su francés atropellado. Mete palabras en inglés. No para de mover las manos. Porque así es ella: expresiva aun sin tener la necesidad de hablar.

Me giro hacia el escaparate de nuevo cuando me doy cuenta de que una de las chicas me ve. No sé si me reconoce de las veces que la he llevado a la universidad, pero por si acaso yo me escondo como un cobarde, un demente… o las dos cosas.

Lo importante es que Marina no me ha visto. O no quiere hacerlo.

No me acerco. Me separo del escaparate y me apoyo en una farola, un poco más alejada. Desde aquí puedo verla sin correr el riesgo de que me descubran.

Hay una taza frente a ella. Se la lleva a los labios de forma automática. Hace un gesto con la boca. Está fría. Lo sé. Al igual que no le importa, porque esta chiquilla le echa hielo a todo lo que se encuentra, aunque estemos a 2 grados.

Se está riendo. Y yo no tengo ni idea de qué le ha dicho para provocar eso, y me molesta. No tendría que hacerlo. Esto me lo he buscado yo.

Se acomoda en la silla. Mira el móvil. Luego, levanta la vista. Busca algo entre la gente.

Me tenso.

¿Me busca?

No creo. Pero durante un segundo, me engaño con la idea.

Después, baja la mirada y sigue la conversación. Continúa riendo. Como si nada.

Sigo observándola unos minutos más.

Me quedo embelesado viendo cómo se mueve con una naturalidad que no tiene conmigo desde hace días. Apreciando cómo encaja con

personas que no saben nada de ella, pero la escuchan como si la conocieran desde siempre. Mientras yo sigo haciendo el idiota y continuando mi camino con la absurda y dolorosa verdad que se tatúa a fuego en mi mente: creí que había algo único entre nosotros, sin embargo, acabo de descubrir que no soy imprescindible.



Vuelvo a casa.

No ceno. No enciendo las luces del estudio. Solo entro. Cierro la puerta.

Me siento frente al piano. A oscuras.

Abro el teclado.

Miro las teclas.

No toco.

No quiero tocar.

No para ella. Tampoco para mí.

Lo hago porque no sé qué hacer con todo esto que no digo. Porque hay cosas que no tienen palabras. Y porque si no lo suelto así, no lo soltaré nunca.

Aun así, no estoy seguro de hacerlo porque… ¿ la música consuela…o delata?

27
Marina

Me río, me callo y me como un gofre

Me pongo los cascos, aunque no haya música de fondo. Lo hago porque necesito bloquear el mundo. O fingir que lo bloqueo.

Me encierro en la habitación como si pudiera dejarlo todo fuera. Como si Mathias no se hubiese convertido en una especie de interferencia que lo distorsiona todo. Y cuando digo todo es TODO, así, con mayúsculas, negrito y subrayado. Y no, no estoy dramatizando.

Desde que Milo volvió, todo es distinto. Y de nuevo, todo es TODO. Y no solo por Milo, que conste. Es Mathias. Es su manera de esquivarme. De desaparecer cuando entro en una habitación.

Así que hoy he dicho basta. Literal.

Me he vestido, me he pintado los labios y me he ido al pueblo con tres compañeras del curso. Una francesa, una italiana y otra que creo que es polaca, pero habla el andaluz mejor que yo.

Hemos terminado en una terraza, riéndonos sin saber muy bien por qué. Supongo que es lo que pasa cuando una está pasando un frío de narices por gusto. Vamos, que se nos han congelado las neuronas. Aun así, por un momento, me he sentido normal. Una chica más. No la tía que mete la pata cada vez que abre la boca, ni la que vive en casa ajena mirando el calendario en una puñetera una cuenta atrás.

Me río con ellas. Mucho. Demasiado, quizá. Porque si dejo de reírme, pienso. Y si pienso, vuelvo a él.

A él, que me prestó una sudadera, que es la que llevo puesta porque soy un poco masoca. A él, que me mira como si me viera por dentro, pero luego finge que no existo.

Una de las chicas me pregunta algo y yo respondo lo que puedo. Ellas se ríen. No sé si conmigo o de mí, pero me da igual. Me estoy riendo yo también.

Pero todo deja de importar cuando siento esa cosa. Esa punzada. Esa especie de aviso interno.

Miro hacia la plaza y creo verlo apoyado en una farola.

No estoy segura. Me quedo quieta.

¿Es él? ¿Me está mirando? ¿O me estoy volviendo loca?

Parpadeo. Vuelvo a girarme hacia las chicas. Hago como que sigo la conversación, aunque mi cabeza ya no está aquí. Está en la farola. En la posibilidad de que me haya visto reír. Que me haya visto sin él.

Y ahí ya es cuando entro en bucle.

¿Le molesta? ¿Le da igual? ¿Se alegra de que no le dé la tabarra?

No quiero pensar, porque si lo hago, me deprimo seguro. Así que les propongo pedir postre.

Me como un gofre que no necesito y sonrío como si todo estuviera bien. Pero por dentro tengo un nudo. Uno de esos que ni el azúcar ni la

risa saben deshacer.

Cuando llego a casa, Milo me pregunta si lo he pasado bien. Le digo que sí y omito el detalle de que me ha parecido ver a su hermano. De todos modos, da igual lo que yo diga, Milo ya se encarga de nombrarlo.

—¿Has visto a Mathias? Ha estado muy raro todo el día.

Levanto una ceja. ¿Raro? ¿Hoy? Raro lleva días. Rarísimo. No estoy dispuesta a entrar en esa espiral de conversación absurda, así que le digo que no lo he visto y sanseacabó. Que no me lo he cruzado.

Milo me lanza una mirada que no sé si es pena o sospecha. O ambas. Porque o yo miento muy mal o este es más espabilado de lo que parece.

Me encierro en mi habitación. Otra vez, como llevo haciendo más días de lo que me gustaría recordar. Me siento en la cama y, tras un suspiro que no intento retener, miro la sudadera que aún llevo puesta.

Y, de pronto, me da por pensar que, a lo mejor, todo ha sido cosa mía. Que igual confundí una casa compartida con una historia compartida. Que tal vez él nunca me quiso mirar como yo lo miraba a él y cuando Milo regresó vio el cielo abierto para librarse de una carga que nunca pidió.

Y sí, ya sé que no me ha dicho nada. Pero a veces no hace falta que alguien te diga que no te quiere para sentir que sobra tu sitio.

Así que hago lo que mejor sé hacer cuando me siento fuera de lugar.

Empiezo a doblar ropa. Como una loca, como si mi vida dependiese de ello. Porque es eso o ponerme a grabar audios, y no es plan, no quiero que me escuche *sin querer*…

Así que… doblo, ordeno y callo.

Y mientras lo hago, pienso en todo lo que no le dije. Y en todo lo que él no me dijo. Supuestamente, claro.

Y, además de eso, me pregunto si aún estamos a tiempo de decir algo.

LO NUESTRO EMPEZÓ CON UNA SUDADERA



28
Mathias

Silencio y más silencio

No sé ni para qué miro el reloj. Aun así, lo hago. Una vez. Otra. Y otra más. Cada día igual.

Echo de menos sus bromas, sus ironías. Sus meteduras de pata. También que ya no entre en el estudio, ni siquiera asome la cabeza como quien no quiere la cosa.

No pone música por las mañanas. Y eso —más que el silencio— me desespera.

Cuando me la cruzo en el pasillo, aprieta los labios como si tuviera miedo de decir algo que no debe. Y yo me enveneno por dentro. Porque sé que soy el motivo. Porque la echo de menos en cada rincón. Incluso cuando intento convencerme de que la distancia es lo más sensato.

Sé que es culpa mía.

Lo que no sé es cómo arreglarlo sin estropearlo más.

He estado a punto de hablar tres veces con ella hoy. Pero cada vez que la veo, algo se me atraganta. La certeza de no saber si ya es tarde para hacerlo. Además, ¿cómo le explico todo lo que se me pasó por la cabeza el día que Milo llegó? Admitir para uno mismo que es idiota es una cosa, hacerlo de cara al público… es otra.

Durante el desayuno, Milo se ha sentado a mi lado, me ha mirado con cara de ogro amigable y, justo antes de terminar con sus cereales, me ha soltado:

—Deberías hablar con ella. Antes de que no haya nadie con quien hablar.

He hecho un gesto despectivo con la cara, no porque no me importe, es que no sé cómo dar mi brazo a torcer.

—Lo estás estropeando sin darte cuenta. Y eso es peor que hacerlo a propósito.

Aguanto la respiración hasta que sale de la cocina y suelto todo el aire. Bufo. Sí, lo hago. De agotamiento, de frustración.

Me voy al estudio y cojo el cuaderno de tapas negras. Lo abro. Está lleno de melodías sin terminar. Ideas musicales incompletas. Fragmentos que suenan a ella, aunque me diga a mí mismo que no es así. No sé a quién pretendo engañar.

Intento desconectar. Escribo algo. Tacho. Vuelvo a escribir. Nada sirve para callar el ruido de mi cabeza. Mentira, sé de algo que lo silenciará, pero sigo siendo cabezón y orgulloso y no doy el paso.

Pienso en bajar. En acercarme a la cocina. Fingir que necesito agua. Encontrármela por casualidad y soltar algo torpe, sincero… patético.

Como ya te habrás imaginado, no bajo.

Porque no sé si quiere verme. O peor: por si me ve y no quiere que me acerque.

Cuando oigo pasos en el pasillo, contengo el aire. Sin embargo, de nada sirve. No llaman a la puerta. No se detienen. Siguen de largo.

Me levanto. Abro la puerta del estudio. Me apoyo en el marco, esperando... algo. No sé el qué. Bueno, sí lo sé. Pero ya todos tenemos claro que soy un poco gilipollas.

Y entonces la veo. Al fondo del pasillo. De espaldas. Está hablando con Milo.

Contengo las ganas de sonreír al ver de nuevo esos gestos grandes, exagerados, que hace con las manos. Los movimientos nerviosos que tanto la caracterizan.

Mi hermano asiente. Parece que la anima. Ella niega. Se ríe y le empuja el hombro con fingida molestia.

No oigo lo que dicen. Aun así, hay algo en su manera de girarse un segundo hacia mi puerta entreabierta lo que me hace quedarme muy quieto.

Es como si supiera que estoy aquí y, además, le importara.

Entro de nuevo. Cierro el cuaderno. Me paso las manos por la cara.

Y espero a que llegue el milagro. Es decir, el silencio.

29
Marina

Declaración a lo belga

No tengo un plan. Solo sé que no puedo seguir fingiendo que no me importa.

O quizá sí lo tengo, pero no lo he dicho en voz alta. Raro en mí, ¿verdad? Yo, que hablo hasta con las plantas... Está ahí, cociéndose a fuego lento desde que Milo soltó la bomba entre sorbo y sorbo de sopa.

—Mi hermano... no idiota. Pero muy lento con amor. Demasiado lento —ha dicho, señalándome con la cuchara en alto.

He parpadeado. Él ha ignorado mi cara de tonta y ha seguido como si nada, como si en vez de estar hablando de las emociones de su hermano —y, por ende, de las mías— lo estuviese haciendo del tiempo:

—No sabe decir. Pero se nota. Cuando no habla... también nota. Mucho.

—¿Tú crees que si le hablo me va a escuchar? —le he preguntado, bajito, casi con miedo de oír la respuesta o de parecer más tonta aún.

—No sé. Pero si tú no hablas... él tampoco. Y... pierden. Tú y él. Pierden.

Esa frase se me ha metido en la cabeza y no me ha dejado tranquila. Cuando he acabado de comer, también me ha seguido por el pasillo, sonando incesante, taladrándome la mente como esa alarma que por más que quieres apagar no puedes porque sabes que si lo haces, te quedarás dormida y llegarás tarde. Igual que ahora.

Por eso estoy aquí. Plantada delante de la puerta del estudio con las tripas del revés.

Toco suave con los nudillos.

Una vez.

Dos.

Nada.

Resoplo. Hago amago de irme, sin embargo, me niego a ser cobarde. De eso nada. Soy española y cojo al toro por los cuernos. En sentido figurado, claro está, porque si veo un mastodonte de esos, lo único que cojo es el camino en sentido contrario.

Vale, ya está bien de desvariar.

Giro el pomo. ¡Sorpresa! No estaba cerrada del todo. Está entreabierta.

Asomo la cabeza y doy un par de pasos hacia el interior… Vacío. Solo está el piano y esa luz cálida que siempre usa para tocar.

—Vaya chasco…

Me doy la vuelta… Y él está ahí. En el marco de la puerta. Con una libreta en la mano y cara de no saber si esconderse o hacerse el sueco.

—¿Buscabas algo? —pregunta, sin emoción.

Me estoy arrepintiendo.

«De eso nada, Marinita. Como diría mi madre: tú pa'lante, como los de Alicante».

—Sí. A ti. Aunque viendo tu cara, no sé si ha sido buena idea.

Silencio. Luego un gesto extraño. Es una especie de medio encogimiento de hombros que no me dice nada.

—Quería hablar contigo —digo.

—¿Ahora?

—Ayer me venía mal —respondo, cruzándome de brazos.

Se queda quieto.

—¿Qué quieres?

—Desde que volvió tu hermano... te has ido tú.

—No es por Milo —dice, rápido.

«Ya, campeón, eso me lo imaginaba. ¿O se cree que soy tan zoquete como para no darme cuenta?»

—Entonces… es por mí.

—Yo no he dicho eso.

—Tampoco lo has negado —le espeto.

Él suspira. Entra en la habitación, pasando por mi lado con cuidado, como si rozarme le diese repelús. Deja el cuaderno en la estantería. Todo en absoluto silencio.

Yo observo cada mínimo movimiento que hace, con la absurda esperanza de que alguno me diga algo que no suelta por su boca.

Mira el suelo.

Me dan ganas de gritarle que levante la cabeza, que me mire, que diga algo más que monosílabos o frases a medio cocer.

—¿Por qué haces esto tan difícil? —pregunto.

—Porque para mí lo es —responde, por fin.

Y me sorprende. Vaya si lo hace. Ya comenzaba a pensar que me iba de aquí sin escuchar nada productivo.

Me cruzo de brazos otra vez. Para no cruzarle la cara, todo hay que decirlo, porque esa excusa me parece un punto más allá de lo absurdo.

—Podrías simplemente decir: «no me gustas, Marina». O, espera, mejor aún: «me gustas, pero no quiero nada». Lo aceptaría. Quizá lloraría, pero lo aceptaría. Es que soy bastante llorona, no te creas que sería por ti, ¿eh? Lo que no aguanto es esto. Este silencio pasivo-agresivo. Esta forma tuya de desaparecer cuando te necesito presente.

Él levanta la mirada. ¡Aleluya! Y por un segundo, me arrepiento de todo lo que he dicho, me entra el canguelo y quiero irme de aquí. Sin embargo, lo que veo en sus ojos me hace detenerme.

—Tú me gustas, Marina. Mucho. Más de lo que debería. Y eso… me supera.

—¿Y te supera más que fingir que no existo?

—Sí. Porque tengo miedo de estropearlo. Ya lo hice una vez. Estoy retomando la música y eso es… abrumador. Me consume. Hay veces que

le dedico una hora y otras el día por completo. Todo el mundo no entiende eso. Y… la música es… soy yo. No puedo renunciar de nuevo a ella. Como tampoco quiero estropear nada.

Me quedo helada. No sé qué decir.

Él se rasca la nuca. Desvía la mirada.

—Ay, qué mono…

—Milo tiene razón —la voz le tiembla—: no sé hacerlo. Pero eso no significa que no quiera intentarlo. Es solo que...

—¿Y por qué no lo intentaste o me lo explicaste antes en vez de llevarnos una semana y media haciendo el idiota?

—Porque pensé que se me pasaría, que solo era un capricho pasajero. Y cuando llegó Milo y vi que ibas bien sin mí, pues… Está bien, me puse celoso y actué como un idiota. Pero también soy algo orgulloso para reconocer mis fallos.

Me río. Suelto una carcajada nerviosa.

—¿Eso ha sido una declaración a lo belga? Porque entre eso y el clima, entiendo que la natalidad esté en mínimos históricos.

Él sonríe. Una de esas sonrisas que me ponen el estómago del revés.

—Te estoy diciendo que quiero estar contigo, Marina.

—¿Seguro que lo has dicho? Porque me he perdido entre tanto trauma verbal.

—Te quiero, joder —dice, bajito.

Y me quedo inmóvil.

—¿Puedes repetirlo? —susurro.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque si lo repito, vas a hacer una broma y vas a arruinar el momento.

—Eso no es justo. Yo soy muy graciosa.

—Lo sé. Y, aun así, te quiero.

Ay, mamaíta. Me lo como entero.

El grumpy está enamorado. Del verbo enamorar, conjugado en presente, con todas las letras.

Y de mí. Que es lo más fuerte.

Me lanzo. Porque si espero más, me muero. Y no de forma figurada. Literalmente, me da un chungo cardíaco si no lo beso ya.

Nuestros labios se encuentran y no es como en las películas.

Es peor. Y mejor.

Porque no hay música épica de fondo, pero tengo un tímpano temblando.

Porque no hay fuegos artificiales, pero yo estoy a punto de salir ardiendo.

Porque no hay público aplaudiendo, pero mi yo interno está haciendo la ola.

Nos besamos. Con ganas. Con desesperación. Como quien lleva meses aguantando el tipo y, de repente, le abren la puerta del paraíso.

Nos interrumpimos para reírnos, para decir alguna tontería entre dientes, para quedarnos con la frente pegada y los ojos cerrados, como si así pudiéramos parar el mundo un ratito.

Y ahí, en ese ratito, lo tengo claro.

Esto no es un beso cualquiera.

Esto es un «me importas», un «te he echado de menos», un «me daba miedo, pero aquí estoy».

Y cuando por fin nos separamos —porque hay que respirar, aunque duela—, no hace falta decir más.

Menuda jugada me tenía preparada el destino Erasmus. Voy a tener que hacerle un altar a las albóndigas que me inspiraron a rellenar la matrícula.


ME GUSTAS
MÁS QUE
LAS
ALBÓNDIGAS.

Epílogo
Marina

Mi madre, Mathias y una empanada casera

Volar con Mathias no tiene emoción ninguna. Él se sienta, se abrocha el cinturón y no se inmuta ni con las turbulencias. Cualquiera diría que ha nacido en una cabina de piloto. Por otro lado, es normal, empezó a volar con tres años. No como yo. Que solo fui una vez a Disney y eso fue con quince años.

—¿Seguro que tu madre sabe que llegamos hoy? —pregunta por cuarta vez, mirando la pantalla del móvil como si fuera a aparecer la Virgen del Rocío.

—Que sí, criatura. Mi madre lleva despierta desde las seis, ha puesto dos lavadoras, ha llamado a la vecina y seguro que ya ha preguntado en la panadería si nos han visto aterrizar.

Él no sonríe, pero se le escapa un amago de mueca. Lo conozco. Eso, en su idioma *grumpy*, es una carcajada.

He vuelto a casa. Siete meses después. Con las maletas llenas de ropa, *souvenirs* ridículos y una relación que todavía estamos aprendiendo a manejar.

La cinta de equipaje gira. La maleta de Mathias tarda tanto que me temo que se hayan equivocado de terminal.

—¿Y si se ha quedado en Bruselas? —pregunta.

—¿La maleta o el trauma que tienes por aquella vez que te perdieron el equipaje? —le contesto.

Él me lanza una de esas miradas que nunca sé si van con reproche o con rendición. Yo me limito a coger mi maleta, riéndome.

Cuando por fin Mat tiene su equipaje, salimos a paso lento, esquivando a otros pasajeros, carritos y alguna que otra familia con pancarta de bienvenida. Todo suena a terminal, a motores lejanos y anuncios por megafonía. Y en ese murmullo constante... entonces la veo.

Mi madre.

A dos metros de nosotros, con su pelo rizado recogido a lo loco, abanico en mano, aunque estemos en marzo, y una expresión que mezcla lágrimas, orgullo y un deseo irrefrenable de meterme un *tupper* de albóndigas en el bolso.

—¡Marinita de mi vida! —grita, importándole todo muy poco, casi siento que en vez de en un aeropuerto estoy entrando en un patio de vecinas, porque, seamos sinceros, tras ocho meses en Bélgica, con Mathias y su silencio, ya este escándalo me resulta raro.

Después me acuerdo de que estoy en mi tierra, aquí nadie se espanta por oír un grito y corro hacia mi madre. O, más bien, intento correr, porque Mathias, que va de mi mano, tropieza con su propia

maleta y casi se lleva por delante un cartel de «Bienvenidos». Y a una servidora casi le hace besar el suelo. Literal.

—Madre mía —susurra él—. Esto es... efusivo.

Mi madre llega a nuestro lado y me abraza como si no me hubiera visto en cinco años. Me aprieta, me huele el pelo, me toca la cara.

—Estás más flaca. ¿Has comido algo allí o solo *waffles* de esos raros?

Decido ignorarla. Ella siempre me va a ver más delgada, más demacrada y todo lo más que se le pueda pasar por la cabeza. Como todas las madres.

—Mamá, te presento a Mathias —le digo, dando un tirón de su mano para que avance un pasito y se pongo a mi altura.

Ella lo mira, evaluándolo.

—¿Este es el muchacho? —dice, mirándolo de arriba abajo.

Mathias, que ya venía tieso de serie, parece encogerse de repente.

—Encantado, señora —suelta, y juro por Dios que en vez de pianista parece militar con ese porte y ese saludo tan estirado.

—¡Ay, pero qué educado! Y qué serio. Parece que se va a poner a hablar del precio del aceite. —Me río. Mathias tan solo nos mira a ambas.

—¿Eso es bueno o malo? —me susurra mi chico.

Suelto una carcajada, seguida por otra de mi madre.

—Y habla español. Qué *apañao*.

Yo me tapo la cara, incapaz de contener las carcajadas. Él parpadea dos veces, sin saber si reír o salir corriendo. Mi madre no le da opción.

—Tú no habrás venido con intenciones raras, ¿no? Que mi hija es muy suya y yo tengo un rodillo.

—Mamá…

—¡Es broma, hombre! —Se ríe, palmoteándole el brazo. Luego, me susurra—: Aunque si me lo presentas ya es porque va en serio, ¿no?

No respondo, solo le aprieto la mano a Mathias. Y él me devuelve el gesto con un leve roce del pulgar.

Y es ahora, mientras salimos de la terminal y mi madre le está preguntando a Mathias si le gusta el puchero o el Carnaval, cuando lo miro y sé que hemos llegado.

No solo a España. A un nosotros.

—¿Estás bien? —me pregunta, al verme sonreír como una tonta.

—Perfectamente —respondo, con el corazón más lleno que la bolsa de regalos que le traigo a mi madre.

Nos sentamos a tomar algo en una de las cafeterías antes de salir, porque hay demasiado trasiego en el aeropuerto y pillar un taxi ahora es una locura. Mi madre abre el bolso, saca un paquetito envuelto en papel de aluminio y se lo tiende a Mathias con mucho misterio.

—Empanada casera. De atún. Prueba, que seguro que allí no tenéis de esto. Que estáis muy flacos los dos.

Mathias la acepta, cómo para hacerle un desprecio a la suegra. Y mientras mastica, mi madre descuelga una llamada y se pone a hablar con mi hermano. Mathias me mira de reojo, con esa sonrisa mínima que solo me regala a mí. La que dice que, después de todo, ha valido la pena cruzar el mundo por una gaditana ruidosa.

La menda, por supuesto.

¡Ay! (Sí, eso ha sido un suspiro de enamorada).

Lo miro, le pongo ojitos tipo gato con botas, haciendo que Mathias se eche a reír y me bese. Y es perfecto, porque, aunque no sea frente a un puesto de churros delante del Gran Teatro Falla, lo es junto a una máquina de cafés y bollos empaquetados.

¿Y qué?

En estos momentos, no puedo pedir un final más perfecto.

FIN

NOA SPARKS es el pseudónimo de Roseline Moyle, autora de romance en varios subgéneros. Si te gusta lo que has leído, recuerda que puedes seguir conociendo a la autora en cualquiera de sus otras novelas: romance histórico, contemporáneo, fantasía y paranormal. Puedes encontrarla en redes sociales por Roseline Moyle. Búscala en Amazon para descubrir sus historias.

Agradecimientos

Esta historia nació casi por accidente. Una idea pequeña, una frase suelta, una nota de voz... y, de pronto, ya tenía nombre, personalidad y empezaba a tomar forma en pequeñas frases hiladas.

Ni tan grumpy, ni tan perdida no sería lo que es sin las personas que me han acompañado en el camino, así que aquí van mis gracias más sinceras (y algo caóticas, como yo).

A mis lectoras cero: por leer todo, por señalarme cuando me pasaba de rosca (o me quedaba corta), por ver entre líneas y por decirme la verdad con cariño. Vuestros ojos han afinado esta historia y vuestro entusiasmo le ha dado alas.

A mis lectores y lectoras: por confiar en mí, por ese espacio que sé que le estáis haciendo en vuestras estanterías (y corazones) a Marina y Mathias, y por convertiros en cómplices silenciosos de cada mirada, cada sarcasmo y cada no-beso que terminó siéndolo. Sois la razón por la que sigo escribiendo.

A mi familia: por quererme incluso cuando hablo sola delante del ordenador y me cabreo con personajes que solo existen en mi cabeza. Por entender mis ausencias, mis horarios raros y mi manía de corregir los menús del restaurante.

A mis amigos: por no preguntarme nunca «¿cuándo vas a escribir algo serio?» o «Cuándo vas a volver a lo de antes» y por celebrarlo todo, incluso lo que aún no se ha publicado. Vuestra fe en mí es mi mejor brújula.

Y, por último, a ti, que estás leyendo esto.

Gracias por llegar hasta el final.

Gracias por elegir esta historia entre tantas.

Gracias por acompañarme.

Nos vemos en la próxima.

Con otro café, otra pareja imposible… y, por supuesto, más ganas de soñar.

Con cariño,

Noa Sparks

Sobre la autora

Noa Spark, o lo que es lo mismo, Roseline Moyle, nació en 1983 en Cádiz. Licenciada en Historia en el año 2010 y especializada posteriormente en la rama de la educación, es devoradora de libros desde pequeña y amante de los grandes clásicos.

En 2016 se decidió a escribir su primera novela para presentarla a un concurso, tras lo cual, fue publicada en la plataforma de Wattpad; en la que tuvo una gran aceptación desde el momento de su publicación. Después de eso, se lanzó a la autopublicación. Con varias novelas en su haber, decidió hacer un máster de Escritura Creativa y otro de Corrección y Redacción, dedicándose hoy día, además de la escritura, también al ámbito de la corrección.

Hasta el momento tiene publicadas dos series de romance, una histórica, titulada Amor y Deber, y otra contemporánea, Segundas Oportunidades. Además, ya está completa y publicada su primera historia de novela de fantasía romántica, una trilogía que terminó de ver la luz en diciembre de 2021 y que mezcla un mundo de ángeles, magos y seres humanos, todos enfrentados por cambiar la historia que los atenaza. Además, posee historias autoconclusivas de diferentes subgéneros de la romántica.

Actualmente vive en una localidad cercana a Cádiz junto a su marido, sus dos hijos y sus tres gatos.

Si deseas mantenerte informado de todas las novedades con respecto a sus trabajos, puedes hacerlo a través de su perfil de autora de Facebook o por sus redes sociales.

Facebook de autora:
https://www.facebook.com/roselinemoylewriter

Instagram: @roselinemoyle_autora